

Leer y releer

Noviembre de 2013 N.º 71



Lectores

Juan Gustavo Cobo Borda

Universidad de Antioquia / Sistema de Bibliotecas



Ilustraciones: pinturas de Viviana Serna
Portada: *Isa*, temple sobre lienzo, 20 x 15 cm



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3

SISTEMA DE BIBLIOTECAS

Somos el Alma de la Universidad

Presentación

Lector de lectores

Ser gran lector es un título que a muy pocos les importaría tener. No es descartable (creo que además es comprobable) que en la indescifrable realidad de nuestro país, incluso hoy en día, a un lector (digamos en el metro o en la mesa de un café) se le mire con extrañeza, como a aquello que siempre se ha dado en llamar un ave rara (*rara avis*, diría un elegante). Y entrar en los pormenores de por qué se presenta esa situación entre nosotros es, además de hipotético, un poco inútil porque ya se habla mucho del asunto, con razón y sin ella.

Para el caso que nos trae: el de hablar de un magnífico lector, lo importante es eso, justamente: que no es alguien que simplemente se ha llenado de libros a lo largo de su vida, sino que ha sido capaz de leerse una también magnífica biblioteca, pero además ha escrito una magnífica biblioteca con todo aquello que ha leído. No solo nos ha presentado a un sinnúmero de autores, sino que nos ha enseñado a comprender la historia literaria de nuestro país, y hasta de países ajenos al nuestro, en un acto de amplitud y generosidad que solo comportan quienes hacen con gusto lo que hacen y sienten un pleno agradecimiento con su vida como es.

El infatigable lector que ha sido desde muy temprana edad Juan Gustavo Cobo Borda (Bogotá, 1948) es, pues, también, un prolijo escritor a quien debemos libros esenciales sobre el conocimiento de nuestra literatura y nuestro arte, como *Historia portátil de la poesía colombiana*, *La narrativa colombiana después de García Márquez*, *Borges enamorado*, *La mirada cómplice* (sobre arte y artistas), *Historia de la poesía colombiana siglo XX*, entre otros tantos, además de aquellos hermosos libros donde rinde tributo a las obras de sus autores más queridos y en los cuales lo que prima no es ningún pedante exhibicionismo intelectual, sino su incansable insistencia en el placer de la lectura, como *El olvidado arte de leer*, *Lector impenitente* o *Desocupado lector*, también entre otros, en los cuales, casi sin pudor y como un gesto más risueño que engañoso, repite textos a los cuales ha hecho leves cambios o aumentado autores o cambiado títulos. En Cobo Borda caben casi todos los juegos y movimientos posibles en el rompecabezas interminable de sus lecturas y biblioteca. Aparte están, claro, sus libros de poemas, en los que, también desde temprano, ha cincelado una voz y nos ha dado títulos sin duda fundamentales en la poesía de nuestro país, como *Consejos para sobrevivir*, *Ofrenda en el altar del bolero*, *Salón de té*, *El animal que duerme en cada uno*. Y títulos, antologías y obra reunida editados en Colombia, Argentina, Venezuela, México y España.

4

Además de lector impenitente, bibliotecario, librero, poseedor de una inmensa colección de libros y escritor, el siguiente oficio que nunca le ha faltado a Juan Gustavo Cobo ha sido el de editor, tanto de libros como de revistas. Desde distintas posiciones a lo largo de su vida ha hecho libros de literatura y de otras disciplinas (Biblioteca Básica Colombiana en el Instituto Nacional de Cultura y Biblioteca Familiar Colombiana en la Presidencia de la República) y dirigido revistas literarias como *Eco* (1973-1984) y *Gaceta* de Colcultura. Por ello, sin duda, conoce muy bien el devenir literario de su querida Bogotá. Sus cafés y sus librerías. En los primeros se cocía la literatura en ambientes de tertulias, lecturas y bohemia, con protagonistas que hoy son parte de nuestra historia literaria y cultural. Las segundas

eran referentes imprescindibles en la vida cultural y al frente de las cuales estaban casi siempre personas dedicadas al libro como un objeto que conocían a cabalidad y del que disfrutaban mucho más allá de ser el vehículo del sustento económico. Los dos: cafés literarios y librerías, hoy son casi exóticos en el país. Se los ha tragado el desprecio por el ocio y una vida de cemento, carreras, ruido, consumismo y analfabetismo funcional. Cuando no una economía “centavera” que hace del libro y la lectura lujos inadmisibles. Lo que nos ofrece Cobo Borda en estos textos es, pues, el testimonio de una realidad y de unos placeres casi perdidos. Un testimonio útil para que el olvido no haga del todo de las tuyas. Para que una persona joven se encuentre por primera vez, quizá, el término “café literario” y, por qué no, la palabra “librería”.

Cobo Borda, como Borges, se ha preciado siempre de ser, ante todo, un lector. Y los lectores —menores— no tenemos más que agradecer su irónica y risueña permanencia en ese oficio. Y textos como estos, llenos de amoroso agradecimiento y de amistad. Dos asuntos de la vida que también nos resistimos a perder del todo.

Luis Germán Sierra J.

Lectores

Desde 1972, cuando publiqué en los números 141 y 142 de la revista *Eco*, editada en Bogotá por la librería Buchholz, el texto “La poesía de Álvaro Mutis”, he intentado dar testimonio de aquellas lecturas que me intrigan o apasionan. Que obligan a dar una respuesta desde mi condición de lector.

Ahora, cuando la Biblioteca de la Universidad de Antioquia reúne un abanico de lecturas me agrada comprobar una cierta fidelidad a temas recurrentes. Aquí vuelve a estar Álvaro Mutis, desde la perspectiva de los cafés bogotanos donde se formó. Aquí están también las viejas librerías, ya desaparecidas, y el paso del asiduo del café al merodeador de librerías, en pos del volumen tan atrayente por no estar de moda como sugerente por su aparente novedad.

De ahí que nueve novelas de narradores colombianos justifiquen, quizá, el título de *Lectores* dado a estas páginas. Cuando fui feliz subdirector de la Biblioteca Nacional en Bogotá comprobé cómo el destino de los libros era aquel orbe mágico que nunca se cierra y que, como la lectura, implica renovarse con cada nuevo volumen, con la mirada de cada nueva generación. Felizmente carezco de ambiciones didácticas o pedagógicas. Solo propugno, con descansada ironía, el sospechoso placer de la lectura. Estos anacronismos, quién lo duda, todavía tan sugestivos. Pero la culpa y el castigo por

tan superfluos ejercicios no es solo mía: la comparte la generosidad de Luis Germán Sierra, su editor.

Juan Gustavo Cobo Borda



Álbum familiar. Acrílico sobre mdf, 70 x 50 cm, 2013

Retratos de librereros colombianos

Por Juan Gustavo Cobo Borda

Las librerías en Colombia han sido un fructífero punto de encuentro y de intercambio cultural. En un país pobre y aislado del mundo, ellas eran ventanas abiertas a otros continentes. Canales de comunicación con el saber universal y a la vez foros para el debate nacional, al respaldar y promover las miradas de los colombianos sobre ellos mismos. En muchas ocasiones las librerías constituían sitios obligados de peregrinaje para quienes, desde la provincia, acudían a la capital departamental o a Bogotá misma, en pos de la última novedad o del libro clásico, inconseguible de otro modo. Debemos rescatar (y exaltar) esos nombres, de gentes en muchas ocasiones marcadas por la pasión del libro, quienes terminaban por importarlo o recibirlo en consignación, para negocio y disfrute, en primer lugar, o para conversarlo en la inevitable tertulia con los amigos, siempre proliferantes en torno a esas paredes atiborradas de volúmenes o plagadas de tesoros secretos en el sótano.



Bibi. De la serie Autorretratos. Estamos habitados por muchos otros, tinta sobre papel, 15 x 21 cm, 2012

La librería de Miguel Antonio Caro

9

Iniciemos nuestro repaso con la Librería Americana de Miguel Antonio Caro, presidente de Colombia de 1892 a 1898, que funcionaba en la calle 12 de Bogotá. Uno de sus dependientes era un hijo del célebre poeta antioqueño Gregorio Gutiérrez González. El otro, joven también y también estudiante, era José Vicente Concha, futuro presidente de Colombia. A dicha librería llegaban colecciones como la Biblioteca de Autores Españoles que el mismo Caro consideraba había producido más ciegos que sabios dado lo exiguo de su tipografía. Era, como es de suponer en el caso de Caro, una librería católica ortodoxa, interesada en los clásicos españoles, y figuras como Balmes y Marcelino Menéndez y Pelayo. En sus sabrosos re-

cuerdos sobre las viejas librerías de Bogotá, Laureano García Ortiz recuerda la Librería Barcelonesa, de dos catalanes: Soldevilla y Curriols, que combinaban las ediciones de lujo (telas rojas y cortes dorados) y otras excesivamente populares, con ilustres pornógrafos del momento como Paul Feval o Ponson de Terrail. Editores, además, de pésimas traducciones, su olfato de negociantes sin pudores los llevó a proponer el clásico *Madame Bovary* de Flaubert transformado en un incitante y sugestivo *iAdúltera!*

Librería Colombiana de Salvador Camacho Roldán y Joaquín Tamayo

En 1932 cumplía medio siglo la Librería Colombiana, cofundada por Salvador Camacho Roldán y Joaquín Tamayo. Si la librería de Miguel Antonio Caro promovía, como era obvio, el pensamiento conservador, encabezado por el padre Ginebra, la de Camacho Roldán abría sus estantes al mundo de la economía y la sociología, al positivismo, en general, a los nombres de Comte y Spencer. Una librería como esta salía de sus muros y se proyectaba por los caminos de Colombia, como lo atestiguan las impresiones de viaje de Miguel Samper yendo a Honda, preocupándose ya por el Canal del Dique, o como fue el caso de Camacho Roldán mismo, dándonos una primera visión “científica”, no solo de los tres partidos políticos de Colombia de 1855 a 1857 (el Liberal antiguo o draconiano, el Gólgota y el Liberal moderno “y el antes retrógrado, bautizado luego con el apellido menos apasionado de Conservador”) en su muy brillante y aún vigente análisis de la novela *Manuela*, de Eugenio Díaz. Mirada global del altiplano andino en una novela de costumbres. De seguro este precursor análisis del papel de la Iglesia, de las raíces del caciquismo, a partir de un texto de ficción no hubiera sido posible sin los volúmenes de su librería.

Librería Mundo de Barranquilla

“El 15 de diciembre de 1949 entré en la Librería Mundo a las cinco de la tarde para esperar a los amigos que no había vuelto a ver”: así recuerda Gabriel García Márquez en sus memorias, *Vivir para contarla* (Editorial Norma, Bogotá, 2002, p. 391), esta mítica librería de Barranquilla, la cual, como ha documentado su biógrafo Gerald Martin, pertenecía a un antiguo comunista llamado Jorge Rondón Hederich, “a quien se consideraba sucesor espiritual de la librería que había regentado el propio Vinyes y que quedó destruida por el fuego en los distantes años veinte” (p.165).

Una tradición de librereros nutriría la cultura de la costa con publicaciones tan valiosas como la revista *Voces* (1917-1920) del sabio catalán Ramón Vinyes, personaje de *Cien años de soledad* y que en el caso de Mundo editaría el primer libro de cuentos de Álvaro Cepeda Samudio: *Todos estábamos a la espera* (1954). En la nota de presentación Germán Vargas Cantillo hablaba con razón de la atenta lectura que Cepeda había hecho de la narrativa norteamericana —William Saroyan, ante todo, y de dos desconocidos cuentistas del Río de la Plata: el uruguayo Felisberto Hernández y el argentino Julio Cortázar—. Lo cual había sido posible gracias a que Rondón pedía, en ocasiones, a los miembros del grupo de Barranquilla (Alfonso Fuenmayor, Germán Vargas, Cepeda Samudio, García Márquez) le ayudasen a marcar en los catálogos de los agentes vendedores de Losada, Suramericana, Santiago Rueda que en 1945 había publicado la primera edición del *Ulises* en español, Sur y Emecé las novedades que parecían interesantes. Sobre aquel libro García Márquez pudo escribir, en el mismo 1954, este concepto: “*Todos estábamos a la espera* es, para mi modo de interpretar las cosas, el mejor libro de cuentos que se ha publicado en Colombia”. García Márquez forjaría también allí las armas para su saga narrativa propia a partir de las obras publicadas en la revista *Sur* de Buenos Aires, como *El Aleph* de Borges, y en otros sellos argentinos, la celeberrima *Antología de literatura fantástica* (1940) perpetrada por el trío Borges, Bioy y Silvina Ocampo,

y sus no menos suscitadoras traducciones de Virginia Woolf y William Faulkner. Sin esas librerías nada hubiera sido posible. Los autores costeños más destacados extrajeron, en contacto con el mundo, a través de las librerías claves, las raíces de una cultura propia. Por ello vale la pena concluir estos apuntes sobre la Librería Mundo con lo que Héctor Rojas Herazo, también participe de ese punto de encuentro, escribió en su columna “Telón de Fondo”, del *Diario de Colombia*, el 1.º de noviembre de 1952 (*Héctor Rojas Herazo, Obra periodística, 1940-1970*. Compilación y prólogo de Jorge García Usta, tomo I, Medellín, Eafit, 2003). Allí señala cómo la librería ha exhibido los lienzos de la pintora Cecilia Porras, exposición inaugurada por Meira Delmar, ampliando así su positiva labor cultural. Y concluye: “Las librerías ya han dejado de ser simples expendios de lectura al por mayor para convertirse en una grata y fecunda síntesis de biblioteca, tertuliadero y galería de arte. Sitios donde adquirir un libro no sea, simplemente, un helado intercambio de monedas por letras de molde, sino, muy por el contrario, un lugar donde la inteligencia, en sus variados frentes, sea algo vivo y catequizante. Algo, en fin, que dignifique a la ciudad y al individuo. Y esto ya ha sido alcanzado por la Librería Mundo de Barranquilla” (ibídem).

12

Librería La Gran Colombia de Carlos H. Pareja

El profesor de Derecho Administrativo en la Universidad Nacional, sede Bogotá, en la época del 9 de abril de 1948 era Carlos H. Pareja, nacido en Sincé, en la costa colombiana, el 15 de julio de 1898. Pero su nombre de guerra literario era más sonoro: Simón Latino. Había fundado, en 1942, en la carrera séptima con calle dieciocho de Bogotá, la librería La Gran Colombia, con la colaboración de Jorge Andonoff, de origen búlgaro, y Jorge Mora. Libros de calidad, con inclinación a la izquierda, y una célebre tertulia a la cual asistían Alfonso Palacio Rudas, Héctor Rojas Herazo, Jorge Eliécer Ruiz y Alberto Estrada (un

ortodoxo miembro del partido comunista que editaba carpetas de grabados eróticos japoneses), entre otros, animaban el lugar. Pero el trágico 9 de abril marcó a Pareja, por gaitanista. Fue encarcelado y tuvo que exiliarse en Argentina. Sin embargo, allí continuó su labor de editor y amplió su empresa más destacada: los cuarenta títulos que seleccionó y editó, entre 1943 y 1963, de sus cuadernillos de poesía, que en dos millones de ejemplares permitieron a los latinoamericanos conocer a sus poetas y en antologías por países o temáticas tener una visión más generosa y justa de sus creadores. Luego de publicar un libro sobre el padre Camilo Torres en México en 1968, moriría olvidado y amargado en Vancouver, Canadá, en 1987.

La Torre de Babel de Karl Buchholz

De 1951 a 1992, Bogotá disfrutó la pasión por el libro de un alemán de revuelta cabellera blanca como la de Beethoven, que había orientado librerías y galerías de arte en Berlín, Nueva York, Bucarest, Lisboa y Madrid. La torre de libros de la Avenida Jiménez 8-40 albergaba volúmenes provenientes de Francia, Inglaterra, Alemania, Italia, Estados Unidos, España, México y Argentina, por lo menos, y se convirtió en un semillero de lectores informados y de artistas en busca de referencias novedosas sobre su trabajo. Un político economista como Carlos Lleras Restrepo acudía siempre allí, al igual que un arquitecto como Fernando Martínez Sanabria. Y un novelista abogado, experto en brujas, como Pedro Gómez Valderrama no dejaba de intercambiar ideas y opiniones con un poeta como Álvaro Mutis, un pensador como Nicolás Gómez Dávila o un politólogo como Mario Latorre. Este era el espíritu de Buchholz que animaba una galería en el último piso de los siete de esta torre donde Obregón y Botero nos mostraban el nuevo clima del arte colombiano y donde 272 números de la revista *Eco*, de 1960 a 1984, registraron los nombres de figuras como Nietzsche, Hölderlin o Bertolt Brecht, en pie de igualdad con capítulos

inéditos de *Cien años de soledad* o poemas de Aurelio Arturo y Octavio Paz. Esta fue la hazaña generosa de este librero infatigable que fue colonizando nuevos espacios al abrir también librerías en el Centro Internacional, en Chapinero y más allá de la calle 100. El libro preparado por su hija Godula Buchholz, y que ha publicado la prestigiosa editorial alemana Dumont (2005) en 270 páginas, registra la trayectoria fascinante de este librero universal que tanto hizo por el lector colombiano y por el libro tanto científico como artístico.

Otro presidente librero

Otro presidente de Colombia, también con librería propia, fue el antioqueño Carlos E. Restrepo, quien gobernó de 1910 a 1914. Fue el fundador del Partido Republicano, que buscaba dejar atrás las furias “titánicas” desatadas por la Guerra de los Mil Días. Ese llamado a la concordia y al cese del lenguaje de las armas, se había nutrido en su célebre librería Restrepo de Medellín, donde no solo vendía libros, sino también camándulas con llaveros, juguetes con billeteras y tizas con cuadernos. Allí acudía Tomás Carrasquilla a la tertulia y se exponían las pinturas de Francisco A. Cano, por quien Restrepo propició una colecta para continuar su aprendizaje en París, una vez hubo terminado la beca entregada por el gobierno. El emblemático cuadro antioqueño, *Horizontes* —la familia que mide con el trabajo y la mirada lo vasto de la colonización antioqueña— fue el regalo de agradecimiento de Cano a su mecenas Restrepo, político pero también empresario. Y librero, sin lugar a dudas.

Medio siglo de un librero

La librería Continental trabajó a favor de la cultura literaria y musical de Medellín de 1943 a 2001. Empresa familiar dirigida por Rafael Vega Bustamante, vio cambios notorios en la vida de la ciudad. Uno de ellos fue la sustitución de una cultura eclesíastica atenta a las prohibiciones del índice vaticano sobre libros nocivos a la fe católica, por una mayor libertad y tolerancia al



Aleja. Temple sobre lienzo, 20 x 15 cm, 2012

respecto. Otro cambio académico y bibliográfico fue el de la medicina francesa por la norteamericana y, en definitiva, del francés por el inglés, como lo narró su fundador en un muy valioso testimonio: *Memorias de un librero* (Fondo de Cultura Económica, Bogotá, 2005).

Vinculado a la vida musical de Medellín, Rafael Vega conoció los cambios tecnológicos inherentes a inventarios y facturación, y sobre todo padeció en carne propia sensibles modificaciones en el ámbito urbano que pueden resumirse, en sus propias palabras, como “el deterioro social del centro de Medellín” (p. 127). Este, unido a otros flagelos como la fotocopia, la piratería, los supermercados y los medios de comunicación como los periódicos convertidos también en vendedores de libros, fueron acorralando su empresa, si se quiere individualista, en competencia feroz con los grupos económicos que consideran el libro como un producto indiferenciado más. Se cerró así otro espacio de diálogo y tertulia, de clientes habituales que abrían cuentas a sus hijos para proseguir la tradición de la lectura. Y que en la recomendación del libro o el CD de música clásica habían reforzado la convivencia y el respeto al interlocutor durante medio siglo.

16

Librería Contemporánea, 1967-2001

Alicia Gómez y su esposo Roberto Villar abrieron esta librería en Bogotá, en la carrera 15 N.º 78-40, en el sector de El Lago. Los acompañó en el propósito un siquiátra, Álvaro Villar, hermano de Roberto, autor de libros polémicos en su momento sobre el servicio doméstico y las crisis de pareja. El cuarteto fundador lo completaba la crítica de arte y novelista argentina, nacionalizada colombiana por el presidente Belisario Betancur, Marta Traba.

Betancur, hombre de libros y tercer Presidente en este recuento con librería-galería en la séptima de Bogotá, cerca al edificio Avianca, la Tercer Mundo, decidió otorgarle la nacionalidad

cuando Marta Traba y su esposo, el crítico literario uruguayo Ángel Rama, vieron canceladas sus visas de trabajo en Estados Unidos, mientras se desempeñaban como catedráticos en la Universidad de Maryland y mientras Marta Traba trabajaba en el proyecto de un libro con la OEA sobre arte latinoamericano.

El retorno de Marta Traba al país, siempre activa en la promoción de la cultura, como lo atestigua el Museo de Arte Moderno de Bogotá, creado por iniciativa suya, se volcó ahora en esta pequeña y acogedora librería, donde su nuevo impulso a la escritura creativa, con novelas como *Las ceremonias del verano* y *Los laberintos insolados*, ambientada en Cartagena de Indias, le permitió promover el trabajo de sus colegas novelistas, al empezar el auge de la novela latinoamericana en el mundo, el famoso *boom*. Todavía se recuerda cómo fueron ellos de los primeros importadores de *Cien años de soledad* y cómo el hermano escritor de Gabo, Eligio García Márquez, compró uno de los primeros ejemplares de la novela, fiado, en la Contemporánea. En tal sentido, Marta Traba impulsó un perfil latinoamericano de la librería, trayendo novedades de Venezuela (Monte Ávila y El Ateneo de Caracas), de México (Joaquín Mortiz), de Uruguay (Arca) y de Argentina (Jorge Álvarez, Galerna), que renovaban las propuestas de las ya clásicas Losada, Emecé, Sudamericana y El Ateneo. Crisis del comercio, ampliación de andenes en la 15, carencia de parqueaderos, y desplazamiento de posibles compradores a los centros comerciales fueron, según Alicia Gómez y Roberto Villar, algunas de las razones para su cierre, aclarando, eso sí, que “el oficio de librero más que un negocio, es una forma de vida”: algo que podría aplicarse, sin vacilar, a estos librerías aquí recordados, y a tantos otros, que mantuvieron el espíritu de sus librerías, en su positivo aporte a la vida colombiana.

El café y la cultura

El más célebre (de los cafés), de concepción ya moderna, fue el de Francesco Procopio Coltellì, antiguo mozo de Pascal, nacido en Sicilia en 1650 y que más tarde se hizo llamar Procope Couteau. Se había instalado primero en la feria de Saint-Germain, después en la calle de Tourmon, y por último pasó, en 1686, a la calle Fossés-Saint Germain. Este tercer café, el Procope —todavía existe hoy—, se encontraba cerca del centro elegante y dinámico de la ciudad, que entonces era la glorieta de Buci, o mejor aún el pont-Neuf (antes de que lo fuera, en el siglo XVIII, el Palais Royal). Apenas abierto, tuvo la suerte de que la Comédie Française viniera a instalarse frente a él en 1688
(Fernand Braudel, *Bebidas y excitantes*, Alianza Editorial, Madrid, 1994).

Europa y América charlan en torno al café

El café “es el dulce hogar para aquellos para los que el dulce hogar es un horror”. Así escribía Alfred Polgar en 1926 refiriéndose al café Central de Viena. Solo que desde 1650, al hablar de las Coffee houses inglesas, el café está íntimamente ligado a la literatura, al ocio, a la conspiración, y a esa mezcla sutil

entre bohemia y laboriosidad que caracteriza a los habituales del café. Un solo dato: Jean Paul Sartre escribió un denso tratado metafísico, en la senda de Heidegger, titulado *El ser y la nada* en las mesas del parisino café de Flore, donde incorporó al texto argumentos proporcionados por el camarero.

En 1700 ya Londres contaba con tres mil establecimientos para el consumo de café, en una ciudad de seiscientos mil habitantes. Pero en 1709 un periódico, *El Charlatán (The Tatler)*, resume todas las noticias de la ciudad, de la bolsa a los espectáculos, al tener como base de su información lo que se dice en los cafés. Algo que los periodistas no dejarán de aprovechar desde entonces: un último café chismoso antes del cierre de la edición.

Steele en *El Charlatán* y Addison con *The Spectator* (1711) quisieron dar a sus lectores algo más que noticias fugaces: ensayos donde brillará el ingenio y el conocimiento.

Pero fueron los cafés parisinos de 1780, como el Procope, el café de la Regence o el café de Fey, los que engendraron, en la caldeada atmósfera de inteligencias como las de Voltaire, Rousseau, Diderot y D'Alambert, tanto la Enciclopedia como la Revolución de 1789. Pero esas manifestaciones, bruscas o incendiarias o de largo aliento, tenían singulares raíces. En el Procope, un día se empezó a hablar de la armonía, y la discusión duró once meses. Ese mundo es el que nos rescata Antoni Mari Monterde en su libro *Poética del café. Un espacio de la modernidad literaria europea* (Barcelona, Anagrama, 2007).

Pero no solo de ella, de la europea, sino también de la nuestra, la latinoamericana. En un café de París, Rubén Darío y Enrique Gómez Carrillo, como quien dice el modernismo en pleno, quieren extraer del poeta Paul Verlaine esa gota de música y sabiduría que habían paladeado en sus canciones. El encuentro, cómo no, se da en un café y Rubén Darío, con facundia tropical, exalta su gloria. Verlaine, el fauno taciturno y borracho, solo responde “¡La gloire... La gloire. Merde!”.

Amarga lección que Rubén Darío de seguro recordará en sus depresiones de alcohólico sin recursos, caído de su trono lírico, tal como nos lo pintó Vargas Vila en el libro que le dedicó.

Por su parte, el peruano César Vallejo, en el París de 1936, con hambre y frío, se refugiará en la calidez humeante del café, para proponernos ese soneto que tituló “Sombrero, abrigo, guantes”:

*Enfrente a la Comedia Francesa, está el Café
de la Regencia, en él hay una pieza
recóndita, con una butaca y una mesa.
Cuando entro, el polvo inmóvil se ha puesto ya de pie.*

Por su parte, y en Madrid, el maestro exaltado por Borges, Rafael Cansinos-Assens, traductor de las *Mil y una noches*, despachará desde el Café Colonial mientras Ramón Gómez de la Serna lo hace desde el Café Pombo. En un momento donde las ciudades se tornan eléctricas y agitadas, de choques bruscos y aceleración nerviosa, los cafés pueden ser puerto y refugio. Aguas más quietas, e incluso estancadas, donde se cultiva, según Gregorio Marañón, la pasión más fuerte del hombre español, el resentimiento. La maledicencia. Pero el café también fue una suerte de universidad popular donde muchos, por el irrisorio precio de una taza alargada por horas, pudieron escuchar a don Miguel de Unamuno, don Antonio Machado o don Pío Baroja, como debe decirse. La envidia se transformaba en coloquio y cuando el exilio, a raíz de la guerra civil, los llevó tanto a Buenos Aires como a México, el café continuó siendo el ágora donde las ideas cruzaban sus espadas y los gritos, tan españoles, trataban de imponerse sobre los rivales. Así en los cafés de la Avenida de Mayo o la calle Salta, el Iberia y el Español, las mesas volaban de una acera a otra, y María Teresa León, la mujer de Rafael Alberti, exiliados ambos como Ramón Gómez de la Serna, veían cómo “en las mesas de los cafés se discutía y se gritaba como si aún Madrid estuviese defendiéndose”. El café fue entonces política y poesía: soledad y compañía. Como siempre lo había sido.

Café Windsor, tinto y sifón

El café Windsor, en la calle trece con la esquina de la séptima, frente a la oficina de los correos, fue uno de los primeros refugios donde gentes venidas de todo el país se daban cita. Allí llegarían Ricardo Rendón, Luis Tejada y León de Greiff, provenientes de la Villa de la Candelaria. Por allí se asomaría Germán Arciniegas, bogotano y sabanero de hacienda y ordeño administrada por su padre, para encontrarse con Gregorio Castañeda Aragón, quien traería el yodo y la sal marina desde Santa Marta, a esa atmósfera de humo y puerta vaivén, quizá de emboladores en el estrecho espacio, donde el tinto se alternaba con el sifón. Donde los negociantes de ganado y trigo de Sogamoso convivían con un vikingo que declamaba: “esta mujer es una urna / llena de místico perfume”.

Augusto Ramírez Moreno reconstruyó así la nómina del Windsor:

Todas las tardes a las cinco y todos los domingos de una a siete de la tarde se reunían León de Greiff, Carlos Pérez Amaya, Alejandro Mesa Nicholls, Luis Tejada, Carlos Pellicer, Rafael Vásquez, Luis Vidales, Ricardo Rendón, Germán Pardo García, Rafael Bernal Jiménez, Juan Lozano y Lozano, Palau Rivas, Francisco Umaña Bernal, Alberto y Felipe Lleras, Jorge Zalamea, Alberto Ángel Montoya, Ciro Mendía, Gabriel Turbay, Jorge Eliécer Gaitán y Rafael Jaramillo. Durante cinco horas se tomaba el café tinto, se recitaban poesías inéditas, se leían prosas acabadas de salir del horno. (En “Estudiantes y cambios generacionales en la sociedad colombiana, 1910-1934”, de Alberto Gómez Martínez y Albio Martínez Simaca, Gráfica Ducal, Bogotá, 2012).

Y en alguna forma se suscitaban varios hechos culturales y políticos que transformarían el país. Las caricaturas de Rendón demolían la hegemonía conservadora, la revista *Los Nuevos* y la revista quincenal *Universidad*, fundada por Germán Arciniegas en 1921, incorporaban ensayistas como Baldomero Sanín Cano y Luis López de Mesa, y se abrían generosamente hacia una

América Latina ignorada hasta entonces, con figuras como José Carlos Mariátegui y la reforma universitaria de Córdoba, Argentina. Finalmente, se constituirían las primeras organizaciones socialistas y comunistas, con figuras como María Cano e Ignacio Torres Giraldo. Muchos círculos en expansión se constituyeron a partir de los cafés, en esa ciudad andina aislada del mundo.

Con razón Germán Arciniegas recordó en 1996, en *El Tiempo*: “Lo del Windsor no se repetirá jamás. No tiene nada que ver con las cafés de París o de Viena. Es el café de los hombres solos que no se quitan el sombrero y recitan sonetos, consumiendo tinto o sifón, mientras en la calle rueda el tranvía de mulas, sube el partido liberal y para no romper la costumbre bogotana, llueve a cántaros y se muere de frío”.

Más joven que Germán Arciniegas (1900-1999), Alberto Lleras Camargo (1906-1990) también tendría en el Windsor su base de operaciones, justificada en aquel entonces por su trabajo en los periódicos liberales *El Tiempo* y *El Espectador*, porque los cafés eran también prolongaciones de las salas de redacción, antes de entrar a laborar y luego que ya la edición circulaba por toda la pequeña parroquia de entonces. Revive Lleras Camargo aquellos tiempos cuando evocó a Ricardo Rendón en 1976:

22

En ellos se freían empanadas, cuyas grasas de cerdo extendía un excitante olor en el recinto estrecho y las afueras inmediatas [...]

Se tomaba, desde luego, café, mucho café, negro y amargo, y además, de tiempo en tiempo, algún licor fuerte, whisky, brandy, ron o aguardiente, o grandes jarros de cerveza negra o rubia que llegaba en toneles, en grandes carros tirados por percherones imponentes. Aquello era barato, al alcance de nuestra pobreza.

Vuelven a destacarse allí las siluetas de León de Greiff, “en la calle 14 con la carrera 7.^a, de preferencia en la acera suroriental, enfrente de una droguería” que miraba desplazarse la vida de la calle y luego se hundían en el café Riviere, antecesor del Automático, que fue después puerto de otra generación:

León, “que trabajaba como contabilista en un banco de la Calle Real” y Luis Tejada que destilaba sus “Gotas de tinta”, para *El Espectador*, donde amigos como Luis Vidales y José Mar soñaban con el remoto sóviet de la hoz y el martillo y se identificaban con su conmovida “Oración para que no muera Lenin”.

Esos eran los cafés. Ese era el Windsor. Esa fue una época de nuestra cultura, en la creatividad del diálogo y el afrontar de modo colectivo muchas empresas editoriales y variados movimientos literarios. Retengamos dos nombres: León de Greiff y Jorge Zalamea.

Los provincianos llegan a los cafés bogotanos

El café como institución cumple un papel destacado porque se renueva con cada generación que llega a sus mesas, admira de lejos a las figuras consagradas, y poco a poco busca aproximarse a ese círculo mágico.

Además, para la gente que viene de provincia constituye un rito de pasaje, un salvoconducto y una credencial que le permite sentirse integrada a la capital. Veamos algunos casos. Danilo Cruz Vélez, el filósofo nacido en Filadelfia, Caldas, en 1920, y quien moriría en Bogotá en 2008, reconstruyó en sus diálogos con Rubén Sierra Mejía (*La época de la crisis. Conversaciones con Danilo Cruz Vélez*. Universidad del Valle, 1996) su arribo a la capital y su acceso al mundo de los cafés, sobre los cuales aseveró: “la vida intelectual de Bogotá estaba centrada en algunos cafés”.

Con Rafael Carrillo se encontraba en los cafés Martignon y Lucerna donde comentarían, entre otros, las nuevas traducciones que publicaba la *Revista de Occidente* en Madrid dirigida por José Ortega Gasset. Continúa Cruz Vélez:

Otro café, muy famoso, que recuerdo y al cual acostumbraba ir León de Greiff en esa época era el Café de París que estaba situado en la carrera 7.^a, un poco antes de llegar a la Plaza de

Bolívar. Otro fue el café El Molino, que era el tertuliadero de la nueva generación poética, de Eduardo Carranza, Carlos Martín, Camacho Ramírez y Jorge Rojas. Después empezó a frecuentarlo León de Greiff. Había uno en la carrera 8.^a, antes de llegar a la Plaza de Bolívar, que se llamaba Café Felixerre. Y a la vuelta de El Molino, el café Asturias, cuyo auge hay que situarlo en época posterior a los años de apogeo de El Molino. El Asturias se convirtió también en café de los poetas, donde se reunían Ángel Montoya, los piedracielistas y posteriormente los postpiedracielistas (p. 73).

Luego de un filósofo, un poeta: Fernando Arbeláez (Manizales, 1924-Bogotá, 1995). En un texto suyo titulado “El Asturias y el Automático”, e incluido en el libro *Voces de Bohemia* (Hugo Sabogal —comp.—, Editorial Norma, Bogotá, 1995) se reiteran los mismos elementos. Asombro de asomarse al Olimpo literario y sentir, en proximidad física, lo que antes eran solo firmas en los suplementos literarios o voces por la radio. Al hablar del Asturias de los años cuarenta, así lo vivió Arbeláez recién llegado a Bogotá:

24

En una esquina del fondo del café, León de Greiff con su ‘alta pipa y su taheña barba’ pergeñaba solitario sus mamotretos entre copa y copa de aguardiente, Alberto Ángel Montoya, un poeta cuya obra completa recitaba de memoria en mis nocturnas navegaciones, y a quien imité en mi adolescencia, asistía allí, medio ciego, a una tertulia de fieles amigos que celebraban como expresiones de la mayor genialidad, sus paradojas muy a lo Wilde y sus *boutades* sobre la ordinariedad de la vida bogotana. Por ahí desfilaban Eduardo Carranza, Jorge Rojas, Arturo Camacho Ramírez y Carlos Martín, los adalides del movimiento de Piedra y Cielo (p. 73).

Oigamos ahora a un historiador. En sus *Memorias intelectuales* (Editorial Taurus y Universidad de los Andes, Bogotá, 2007), el historiador Jaime Jaramillo Uribe nos recuerda cómo a su llegada a Bogotá desde su natal Pereira, uno de sus parientes por el lado materno era propietario de tres cafés en Bogotá:



*c. a. m. g. De la serie Autorretratos. Estamos habitados por muchos otros,
tinta sobre papel dúrex, 15 x 21 cm, 2012*

el Victoria, el Colombia y el de La Paz, en los cuales trabajaría ayudándolo en la caja. Allí también precisa las direcciones de esos cafés a los cuales asistía, como el Café Victoria (carrera 7 N.º 13-19) y el Café Felixerre (Carrera 8.ª N.º 11-74) también mencionado por Danilo Cruz Vélez y donde los libros de la revista *Occidente* como el de Oswald Spengler: *La decadencia de Occidente*, y las obras de José Ortega y Gasset, sea *La rebelión de las masas*, *El tema de nuestro tiempo* o *España invertebrada*, eran referencias habituales.

Aquí resulta pertinente traer a cuenta las palabras de Gabriel García Márquez en el homenaje a Belisario Betancur en febrero de 1993:

Para nosotros, los aborígenes de todas las provincias, Bogotá no era la capital del país ni la sede de gobierno, sino la ciudad de lloviznas donde vivían los poetas. [...] Con el mismo terror reverencial con que íbamos de niños al zoológico, íbamos al café donde se reunían los poetas al atardecer. El maestro León de Greiff enseñaba a perder sin rencores en el ajedrez, a no darle ni una sola tregua al guayabo y, sobre todo, a no temerle [sic] a las palabras. Esta es la ciudad a donde [sic] llegó Belisario Betancur cuando se lanzó a la aventura del mundo, entre el pelotón de antioqueños sin desbravar, con el sombrero de fieltro de grandes alas de murciélago y el sobretodo de clérigo que lo distinguía del resto de los mortales. Llegó para quedarse en el café de los poetas, como Pedro por su casa (Gabriel García Márquez en *Yo no vengo a decir un discurso*. Mondadori, Bogotá, 2010, pp. 69-70).

26

Otro provinciano, en este caso pintor, dibujante y grabador es Omar Rayo, nacido en Roldanillo, Valle, en 1928 y muerto en 2010, también arribó a Bogotá, para conquistar la gloria con sus dibujos bajo el brazo. Así lo cuenta José Font Castro en el libro *Omar Rayo* (Seguros Bolívar, Bogotá, 1990):

A comienzos de los años cincuenta era muy fácil codearse con las más célebres figuras de las letras colombianas. Bastaba con asomarse al mediodía al café El Automático de la Avenida Jiménez

de Quesada. Allí coincidían casi diariamente León de Greiff, Juan Lozano y Lozano, Jorge Zalamea, Eduardo Carranza, Jorge Rojas, Aurelio Arturo, Eduardo Caballero Calderón, Jaime Tello, Guillermo Payán, Arturo Camacho Ramírez y Darío Samper, entre los más habituales. Y al lado de esa pléyade de poetas y escritores los caricaturistas de moda —Merino, Chapepe, Rincón— y de vez en cuando uno que otro pintor, pues no había muchos. La sesión se reanudaba hacia las seis de la tarde, después de que el maestro De Greiff, que era quien la presidía, timbraba la tarjeta de salida en la Contraloría General de la República, donde trabajaba de contable.

Un día Rayo sorprendió a los habitués del Automático —hasta entonces su audiencia cautiva— con una exposición de los veinte personajes más conocidos del lugar, cuyos rostros parecían estar formados con trozos de madera. Tal era el realismo y la textura que se percibía en aquellos cuadros, los cuales había que mirar muy de cerca para descubrir que no se trataba de madera, sino de un dibujo. Había nacido el “maderismo”, la primera tendencia con nombre propio que se recuerda en la moderna pintura colombiana. (Creo que aquellos cuadros no lograron venderse. Debieron quedar para cancelar viejas deudas de aguardiente, pues los recuerdo permanentemente colgados en las paredes del Automático, como parte de su decoración. Y nada de raro tiene que también hubiesen sucumbido con ese antiguo y último refugio de la bohemia bogotana.

Del café Windsor, de la calle 13 N.º 7-14, propiedad de los hermanos Luis Eduardo y Agustín Nieto Caballero, al café El Automático de la Avenida Jiménez de Quesada N.º 5-28, han pasado varias décadas, desfilado diversas figuras y discutido asuntos que abarcan desde James Joyce y T. S. Eliot, promovidos y traducidos por Jaime Tello, hasta temas de marxismo y revolución planteados por Luis Vidales. Fue así el café bogotano, el club de los que no tenían club o la universidad de aquellos a los que les aburrían las clases y prefirieron el billar y la poesía, como siempre lo ha reivindicado Álvaro Mutis. Las verdaderas cátedras de billar y poesía eran las que se impartían en los cafés.

Cuadernícolas y extranjeros

En este mundo de cafés y radioperiódicos, donde era fácil comprar *La Nación* de Buenos Aires, con su suplemento literario dirigido por Eduardo Mallea, que traía colaboraciones de Jorge Luis Borges, Ricardo Molinari y Carlos Mastronardi, que tanto habría de marcar a Aurelio Arturo con su “Luz de provincia”, es donde Álvaro Mutis haría sus primeras velas de armas, para ingresar en la vida literaria. Lo recordó así en 1980, desde México, al hablar de Gilberto Owen:

Éramos adolescentes y nuestro bachillerato se iba desvaneciendo entre el billar y la poesía en el Bogotá de los últimos treinta. En las tardes, era obligado sentarse en una mesa del Café Molino, vecina de la que ocupaban los grandes de nuestras letras de entonces. Allí campeaba Jorge Zalamea con su aire arrogante de Dorian Gray, su voz también altanera e inteligente; León de Greiff con las barbas de vikingo aún rojizas entreveradas ya de no pocas canas, sus ojos azules de fiordo y su acento de Antioquia para decir escasas palabras, pero siempre lapidarias; Luis Vidales con su aire malicioso y su sonrisa aguda, que ocultaba, vaya uno a saber, qué sarcásticas visiones de pescador de almas; Eduardo Caballero Calderón, aún sin barbas, ya claudicante, con un aire malhumorado más superficial, de comentarios siempre hechos a costa de algunos de los presentes. A este grupo se sumaba a menudo un hombre de aspecto un tanto hindú, elegante, de pocas palabras, con una mirada oscura, honda y para nosotros cargada de misterio. Era Gilberto Owen, el poeta mexicano, radicado entonces en Bogotá y casado con una rica heredera antioqueña. [...] Era una poesía por completo ajena a nuestras simpatías del momento: el García Lorca de *Poeta en Nueva York*; el Vallejo de *España aparta de mi este cáliz*, Cernuda y, desde luego, el Neruda de la segunda *Residencia en la tierra* (*Desde el sola*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002, p. 145).

Alberto Zalamea publicaría en *La Razón* el primer poema de Mutis titulado “El miedo”, poema aprobado por el crítico de arte y gale-rista polaco Casimiro Eiger. Engendrado en el café, participante

asiduo del mismo, Bogotá daba a la luz un gran poeta: Álvaro Mutis, nacido en 1923 (muerto en 2013).

En 1948, en compañía de Carlos Patiño, publicaría en 200 ejemplares *La Balanza* con ilustraciones de Hernando Tejada, y quedaría así adscrito al movimiento que Hernando Téllez llamaría “Los cuadernícolos”, por su propensión a editar solo breves volúmenes de muy pocas páginas, muchos de ellos hechos por Ediciones Espiral. Téllez, director entonces de la revista *Semana*, dedicaría su portada del número del 2 de abril de 1949 al poeta Fernando Arbeláez, donde el perfil de Arbeláez con bigote y entre recreaciones de Picasso y Dalí se apoyaba sobre un titular tremendista: “En el principio era el caos”.

Semana censaba entonces 53 poetas, entre quienes, además de Mutis, se destacaban Fernando Charry Lara, Eduardo Mendoza Varela, Jaime Ibáñez, Carlos Castro Saavedra, Helcias Martan Góngora, José María Vivas Balcázar, Guillermo Payán Archer, Rogelio Echavarría, Carlos Medellín, Julio José Fajardo, Maruja Vieira, Jaime Tello, Dora Castellanos, Meira Delmar y Emilia Yarza. Aún no habían publicado libro Arbeláez, Andrés Holguín, Daniel Arango, José Constante Bolaños, Jaime Duarte Frenche ni Enrique Buenaventura, que también se mencionaban como poetas. En medio de ese heterogéneo conjunto, el cual Hernando Téllez no consideraba muy consistente y donde todos se parecían demasiado entre sí, se hallaba Mutis. “Semejan una legión de muchachos en uniforme lírico que trabajan en la misma corriente estética, en el mismo universo de símbolos y con los mismos temas”, dijo Téllez. Varios de ellos aparecen fotografiados en el habitual café El Automático con Jorge Zalamea y el pintor Ignacio Gómez Jaramillo.

Pero Mutis y Patiño, en realidad, se destacaban por su insistencia en ciertos elementos de una geografía poética tropical: hojas de banano, hoteles y burdeles de tierra caliente, entierros en medio de cierta feracidad voraz, hangares y aeródromos abandonados y la presencia insólita de húsares napoleónicos en medio de tal escenario. Luego, por reminiscencias de Mutis y los poemas que le dedica a León de Greiff, comprendemos que esos húsares

también surgieron en los cafés, cuando los dos rememoraban las hazañas napoleónicas y trataban de superarse en el número de batallas recordadas del general corso que admiraban con fervor. También los cafés podían impartir clases de historia.

A esto debemos añadir los viajeros extranjeros, temporales o permanentes, que se sentaban en dichos cafés. A Casimiro Eiger, el polaco, y a Gilberto Owen, el mexicano, debemos añadir el guatemalteco, también asilado en México como Mutis —Mutis llegaría a México en octubre de 1956 y no volvería nunca a vivir en Colombia— Luis Cardoza y Aragón, a quien Mutis dedicará en 1947 su poema “Tres imágenes”. Y el alemán Ernesto Volkening (Amberes, 1908-Bogotá, 1983), asiduo de los cafés del centro, donde corregía las galeras de la revista *Eco* cuando era su director, y quien nos dejó varias páginas muy agudas sobre Álvaro Mutis, Gabriel García Márquez y José Antonio Osorio Lizarazo. A Volkening dedicaría Mutis su primera novela *La nieve del almirante* (1986). “Aquellos (los escritores colombianos) desperdiciaban (durante ‘tardes de café’) material suficiente para que un escritor europeo viviera un año”, escribió con agudeza crítica Ernesto Volkening.

Solo que el café, como el caso del Gato Negro, sería también el lugar donde asesinarían a Jorge Eliécer Gaitán y donde Colombia jamás volvería a ser la misma, desde ese 9 de abril de 1948. No sorprende, entonces, que en 2013 algunos de los cafés sobrevivientes conserven detrás de sus barras, grecas y cajas registradoras, fotos y afiches de la figura de Jorge Eliécer Gaitán, el puño en alto, convocando en sus ya históricos discursos políticos a sus aún fieles seguidores.

Mutis crece y se expande en el exilio mexicano

Sabemos que la obra de Álvaro Mutis se precisa a partir de esos diálogos en cafés bogotanos, ya sea con León de Greiff, Jorge Zalamea, Eduardo Carranza o Arturo Camacho Ramírez y de

su forma de ahondar en el perdido paraíso de la infancia, cerca del río Coello, en Tolima. Solo que para poder expresar esos mundos: el de la historia y el de la vivencia infantil, el de la lectura y la aventura, recurrirá a una máscara: Maqroll el Gaviero.

En esos mundos la distinción entre poesía y prosa es del todo innecesaria, pues ambas se nutren de una misma intensidad creativa. La de un paria aventurero que recorre las comarcas colombianas de tierra caliente, ríos, cordilleras, sembrados de café, y luego se desplaza por el mundo, como una suerte de marino no demasiado ortodoxo, embarcado en empresas un tanto al margen de la ley, con sus cómplices de turno. Las combinará con su interés por figuras históricas, como el príncipe de Ligne, lecturas de volúmenes un tanto esotéricos y en ocasiones obsoletos del todo. En ese espejo distante enlaza las guerras dinásticas europeas con la crueldad violenta y en ocasiones sádica de la violencia colombiana. Allí tiene como escenario la selva, los raudales del Orinoco.

En *Un bel morir* (Editorial Norma, Bogotá, 1989) enumera algunos de los dudosos oficios de Maqroll: “contrabando de armas en Chipre, de banderas navales trucadas en Marsella, de oro y alfombras en Alicante, de blancas en Panamá; en fin, no sigo porque la lista nos tomaría varias horas” (p. 320).

Sus siete novelas nos proponen también un museo de temas y personajes que pueden ir “de la tibia mañana del 29 de mayo del año de Cristo de 1453, cuando los turcos toman Constantinopla y dan muerte al último y joven emperador de la dinastía de los Paleólogos” hasta, por decir algo, el 13 de abril de 1742 cuando se estrena en Dublín *El Mesías* de Haendel. Es decir, Mutis se interesa en esa península de Asia llamada Europa y los hombres que la pueblan y reflexionan sobre su destino, llámese André Malraux o Drieu la Rochelle, en campos opuestos: uno miembro de la resistencia, el otro partidario de Alemania, pero capaces de reconocerse. Aun cuando Drieu se suicide y Malraux termine por ser el ministro de cultura del general De Gaulle.

A quien más ama Mutis es a la “última leyenda”: un general sarnoso que inicia la campaña de Italia con un ejército venal y

poco dispuesto, y que terminará por ser el dueño de Europa y de un imperio de casi mil años, el de los Habsburgos, y su capital Viena, detentador de la corona del Sacro Imperio. Se trata de Napoleón Bonaparte.

Pero es la historia convertida en sueño la que se cuele en las noches de sus personajes, como Ilona, que hace el amor con un coronel napoleónico o un relator de la Secretaría Judicial del Gran Concejo de la Serenísima República de Venecia. El mundo que Fernand Braudel caracterizó en su precioso libro *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (Fondo de Cultura Económica, México, 2 volúmenes, 1976) que abarca Oriente y Occidente, Venecia y España, el poder pontificio y el poder turco y que Mutis asumirá como propio al dedicar todo un libro de poemas a ese Rey que diría: “Prefiero no reinar a reinar sobre herejes”. La fe de una cruzada que en *Crónica regia y Alabanza al reino* (1985) hará de Felipe II, en la lucha en los Países Bajos y el descubrimiento de América, con el oro y la plata que de allí provienen, el monarca que desde el Escorial fue el más grande. De Nápoles a Filipinas, de México al África, viendo, a la vez, cómo este imperio se quebraba y se iba poco a poco deshaciendo. Son esos personajes enfocados en sus postrimerías y en verdad difíciles de penetrar y comprender los que suscitan en Mutis, a partir de un retrato, mediante una frase, el incentivo para una psicobiografía poética, una semblanza mítica. Figuras capitales en el orbe mundial y europeo: Felipe II y Napoleón Bonaparte, cuyas suscitaciones se trasladarán hasta Colombia en su relato “El último rostro”, publicado en 1978, referido a los últimos días del libertador Simón Bolívar visto por un coronel polaco, y donde se revive la coronación como emperador en París de Napoleón.

Porque en verdad desde *La mansión de Araucaíma* (1973), se iniciará ese ciclo donde los sueños de los personajes son el catalizador que revela su carácter y orienta sus pasos. Tres sueños, el de la Machiche, el fraile y la muchacha, son los que ahondan la mansión, y revelan un trasfondo de postergaciones, señales y tiempos imposibles de controlar, en la claridad alucinante con que se viven situaciones concretas pero irreales, no por ello

menos cargadas de sensualidad y deseos, como sucede con el sueño de Bolívar en el relato mencionado.

A los sueños, como enigma y clave, bien podemos añadir, en el curso de las varias novelas, ciertas oraciones de esotérica sabiduría, de tono bíblico o religioso, de himno y decálogo, como sentencias apócrifas de un código de conducta, vacío ya de toda fe. Pero quizá este es también un retorno a sus primeros textos, la “Oración de Maqroll”, y a lo que en “Los trabajos perdidos”, consignará así:

“De nada vale que el poeta lo diga... el poema está hecho desde siempre”. Este no sería más que “el comercio milenario de los prostíbulos”. O mejor aún, en el mismo texto: “la derrota se repite a través de los tiempo / ¡ay sin remedio!”. Desde 1953 cuando Mutis publicó este texto ya todo estaba dicho. Consciente del fracaso inherente a la poesía, en su ascenso y su inevitable caída, como en el *Altazor* de Vicente Huidobro, una de las lecturas de sus años juveniles.

El primer libro de poesía que Álvaro Mutis publica en México se titulará *Los trabajos perdidos* (1965). Allí, entre otros textos dedicados al exilio, a los republicanos españoles y a las vastas noches del Tolima, dedicará un poema a uno de sus maestros del café bogotano, a una de las múltiples personas en que este se desdobra como Mutis lo hace con Maqroll el Gaviero. Ambas personas, Matías Aldecoa, en el caso de De Greiff y Maqroll en el de Mutis, se unen en una misma muerte. En un similar escenario son máscaras poéticas para alcanzar su verdad más honda.

La muerte de Matías Aldecoa

*Ni cuestor en Queronea,
ni lector en Bolonia,
ni coracero en Valmy,
ni infante en Ayacucho;
en el Orimoco buceador fallido,
buscador de metales en el verde Quindío,
farmaceuta ambulante en el cañón del Chicamocha,
mago de feria en Honda,*

*hinchado y verdinoso cadáver
en las presurosas aguas del Combeima,
girando en los espumosos remolinos,
sin ojos ya y sin labios,
exudando sus más secretas mieles,
desnudo, mutilado, golpeado sordamente
contra las piedras.*

Álvaro Mutis dejará Colombia para siempre en octubre de 1956. Publicaría su primer poema en 1945, titulado “El miedo”.

El texto que escribió sobre Jorge Zalamea, en 1970, en México, para presentar un disco con su voz, es, en cierto modo, un texto que también alude al propio Mutis. Cuando habla de los viajes juveniles de Zalamea a México y España, anota:

Esto sirvió para arrancarlo, en una edad formativa y crucial, del reducido y manido ambiente bogotano. Cuánto lamentarían luego muchos de sus compañeros de generación el no haber sido capaces de romper entonces con esa rutina de café y de redacción de periódico en la que perdieron años preciosos de su vida que trataron de rescatar luego, cuando era demasiado tarde, en los ocios de las embajadas o en las interminables siestas en los salones del Congreso (*Desde el solar*, Ministerio de Cultura, Bogotá, 2002, p. 29).

34

De los cafés bogotanos al exilio mexicano, la obra de Mutis se sostiene sobre esos dos polos y se vuelve así generosamente universal, en lectores de todo el mundo y vertida a muchas lenguas.

Bibliografía

- Castaño Castillo, Álvaro. “El café del Rhin y la palabra churro”, pp. 229-231 y “Mutis se sumerge en su infancia”, pp. 234-236 en *Para la inmensa minoría*, Bogotá, Taurus, 2006.
- Gómez Martínez, Alberto / Martínez Simanca, Albio. *Estudiantes y cambios generacionales en la sociedad colombiana (1910-1934)*. Bogotá, 2012. “Los Nuevos”, pp. 155-158.

- Jaramillo Uribe, Jaime. *Memorias intelectuales*. Bogotá, Taurus, 2007, p. 25.
- Lleras Camargo, Alberto. “Ricardo Rendón”, en *Obras selectas*. Tomo V. Bogotá, Biblioteca Presidencia de la República, 1987, pp. 233-242.
- Mutis, Álvaro. *Summa de Maqroll el Gaviero 1948-1997*. Salamanca, Universidad de Salamanca, 1997
- Mutis, Álvaro. *Empresas y tribulaciones de Maqroll el Gaviero*. Bogotá, Alfaguara, 2007. Incluye siete novelas publicadas entre 1986 y 1993.
- Mutis, Álvaro. *Obra Literaria*. Dos volúmenes, poesía y prosas, Bogotá, Pro-cultura, 1985.
- Semana*, abril de 1949, “El lío de los poetas”.
- Sierra Mejía, Rubén. *La época de la crisis*. Conversaciones con Danilo Cruz Vélez, Cali, Universidad del Valle, 1996, pp. 72-73.

Reseña de nuevos títulos en la literatura colombiana

Destierro de **Fernando Cruz Kronfly**. Medellín, Silaba Editores, 2012.

Hace tres años, cinco meses y trece días, el Habibe emprendió su “fuga secreta”, “con una mujer no autorizada” (p. 19). Ahora su madre, Chafiha, aguarda su retorno. Son emigrantes árabes en América, pero el Oriente, con peregrinos del desierto y rebaños de cabras, no se ha desvanecido del todo y los férreos prejuicios siguen marcando conductas. De igual modo, la cultura culinaria, muy propia de una madre que aguarda el retorno del hijo, sin admitirlo del todo y sin bajar la cabeza, como también hará a su modo el hijo anarquista, ya ha dispuesto la reconciliación gastronómica: “roscas de anís, bammy salteado y berenjenas hervidas en pasta de tomate” (p. 13).

Esta mujer siria se asoma a la ventana para ver el fantasma de su marido muerto, de cuya biblioteca el hijo ha extraído “utopías sociales” donde no deja de asomar la ígnea figura de un Nietzsche de cafetería. También dos animales, un pájaro quebrantahuesos proveniente de Etiopía y una gata originaria de Rabat, se han apoderado de la vida de la madre, entre los chismes de las comadres, la “violencia azul” que marcó esa tierra



Juan y Clara. De la serie Autorretratos. Estamos habitados por muchos otros, transfer y acrílico sobre mdf, 30 x 30 cm, 2012

con agentes secretos guiados por políticos asesinos bendecidos por los curas. Allí es donde se da la peripecia de ese “simple camaján esquinero de la América hispana” (p. 47).

Pero la novela es algo más. Avanza por dualidades. Los muy bien logrados diálogos —contrapunto entre madre e hijo—, pletóricos de ironía y de subyacentes sentidos. El desdoblamiento de El

Habibe en el hermano Uldarico Clavel, el mismo en sus dos caras de luz y sombra, sus dos perplejidades aprisionadas en un común pellejo. Su afán de una racionalidad y una lógica contradicha, a cada paso, por los sinsentidos de la época actual. Lo cual se hará carne cuando este asesor político de sindicatos de izquierda (un rasgo autobiográfico del propio Cruz Kronfly) cae en las pantanosas delicias del amor y el sexo, a través también de dos mujeres: Manzana Relinchante y Fátima. Solo que los sueños dorados se tornan desgastadas realidades. Demasiado consumismo posmoderno en los centros comerciales.

Pero la herida de ir perdiendo su condición de árabe no deja de sangrar. Tanta lectura le seca la vida y vuelve alucinante la razón. Lo sagrado se desvanece y solo deja “la neurótica racionalidad de la acción” (p. 104). Apenas si subsiste como bálsamo cebolla e hígado crudo, “Kibbe, tabule y roscas de anís para recibir al Habibe” (p. 109). Berenjenas y envueltos de hojas de vid. Lentejas guisadas. Todo aquello que comparte con narradores afines, también de origen árabe, trasplantados a Colombia, como Luis Fayad y Juan Gossáin, tal como puede verse en Juan Gustavo Cobo Borda: “El mundo árabe en las letras de América”, en *Revista Universidad de Antioquia* (N.º 304, Medellín, abril-junio de 2011, pp. 88-97).

38

Pero siempre la madre Chafihá será el tótem erguido en mitad del camino, capaz de intuir todos los silencios y descifrar los bufidos de mal genio, porque “además de seres amados, las madres son también pesados fardos que hay que llevar por el mundo hasta el final” (p. 129).

El avance de la novela nos va deparando nuevos datos. Son siete sus hermanos. Uldarico bien puede considerarse un alter ego y si antes hablábamos de dualidades que la sostienen y animan en sus tramos finales, hay otra. La que se da entre Habibe, intelectual pedante, marcado por la jerga universitaria y los lugares comunes de cómo un mundo coherente entró en crisis y todo es ahora “fragmento suelto, superposición de piezas a la deriva”. (p. 226) donde agoniza la cultura letrada,

se borran misterio y aura, y el intento “de dar forma simbólica a cuanto se atreviera a pasar por los sentidos”, es tan solo pura nostalgia. Lo inefable no se alcanza y solo resta “la racionalidad productiva instrumental” (p. 256). Un eco quizá de lecturas de la Escuela de Frankfurt.

Pero esta novela edípica no trata de eso. A partir de “un otro, siempre un otro dentro de mí, lo que desea es volver a la materna casa en ruinas, a sus comidas árabes, a los imprescindibles coloquios llenos de hirientes malentendidos, porque en realidad él no perseguía el saber ni el sexo. «La perseguía a usted, madre, no se me haga la chiflada»” (p. 241). Perdieron la ancestral tierra siria, pero en el Valle, Colombia, encontraron la muerte frente al televisor y con carro Pontiac en la puerta. Tal sería su evanescente modernidad. Un lazo de sangre que se sostiene en el dolor verbal de esas historias de fuga y errancia. De dejar atrás lo que luego los capturara en el postrer instante último. De ahí el melancólico canto de esta novela, escrita desde el umbral de la vejez. Desde la acerada nostalgia de todos los paraísos perdidos. Allí donde cierto fatalismo milenario se une al desplazamiento perpetuo. De Oriente a América. De Cartago a Venezuela. De dejar la casa, rebelde o expulsado, y volver a ella solo para comprobar la ruina que dejaron los años. Mugre y huesos rotos.

Juan Esteban Constaín (1979) arma una fábula erudita, un pastiche cultural, para averiguar cuándo empezó el fútbol: *Calcio* (Seix Barral, Bogotá, 2010).

Él sospecha que fue en Italia y más concretamente en Florencia donde el profesor de historia cultural, Peter Burke, en su libro *Formas de historia cultural*, nos advierte: “En cualquier caso, parece que este tipo de humor tenía una importancia especial en Italia, particularmente en Florencia, *la capitale de la beffa*” (p. 114).

Burke es catedrático en Cambridge, pero la novela de Constaín se halla ambientada en Oxford, y su pesquisa concluye con la revelación de que el primer partido tuvo lugar el 20 de febrero de 1530 entre los ejércitos imperiales de Carlos V y los ciudadanos de la república de Florencia en la plaza de Santa Croce.

Carlos V, próximo a ser coronado emperador por el papa Clemente VII, acepta el desafío de esa ciudad cercada y bombardeada por sus tropas desde hace varios meses. Muchos actores participan en ese teatral espectáculo. Desde indígenas mexicanos, recién llegados de América, hasta Miguel Ángel Buonarrotti que marca el campo, y Maquiavelo que publica un breve tratado sobre la forma de realizar el juego. Sin olvidar a Gonzalo Jiménez de Quesada, por entonces en la península al servicio del espionaje de Carlos V. Y el que sería más tarde su rival histórico-literario, el obispo de Nocera, Paulo Jovio, contra el cual arremetería años más tarde en su pesado mamotreto *Antijovio*.

En fin, que el juego queda 3-3 y el asedio continúa, con todos los horrores correspondientes. La tregua deportiva no concretó la paz y los florentinos en librea de verde y blanco y los españoles con jubón negro, en escuadras de treinta hombres, realizaron un espectáculo colorido, con sus airosos pendones: “la flor de lis de la república, púrpura y brocada, y el águila imperial de Carlos, rampante” (p. 167).

Pero esta batalla, solo de pies, nunca de manos, para incrustar la bola en la portería del adversario, es reflejo (y aquí asoma Borges, sonriente, ya que abominaba del fútbol) de otro combate más cruel. Aquel en que se enzarzan los profesores de Oxford cuando un judío italiano, el catedrático Arnaldo Dante Momigliano, refugiado en Inglaterra, afirma que el fútbol empezó en Italia. Quién dijo miedo. Uno de los oyentes, el profesor Winwood era miembro importante de la Asociación de Fútbol de Inglaterra y el asunto debe dilucidarse ante un tribunal ad hoc.

Momigliano se enfurece, no le importa regresar a Italia, a escuchar los gritos, puños en alto y mal gusto de Mussolini, además de perseguidor de los judíos. En todo caso, el tribunal terminará por sesionar, casi en una feliz parodia de *Alicia en el país de las maravillas*, o al otro lado del espejo: con la presencia del rey Jorge y un tribunal de figuras tan célebres entonces como ignoradas hoy, tal el caso del historiador Arnold Toynbee.

Se llega a la conclusión de que el honor y el fútbol se dirimen a patadas en la cancha, como sucederá el 5 de mayo de 1948 entre las selecciones de Italia e Inglaterra, en Turín, donde Italia perderá 4-0. El fútbol tiene un dueño: Inglaterra y la erudición griega, latina y futbolística un destino: el olvido.

Tal la melancólica conclusión de estas páginas ardientes al servicio de una causa perdida: quién fue el primero. Eso ya no importa, pues Abel y Caín se funden en uno solo y los altivos imperios eurocéntricos, como debe decirse en forma políticamente correcta, no son hoy más que mendigos de fondos monetarios y bancos europeos. Queda, sí, el humor y la figura atrabiliaria de Dante Momigliano, una última encarnación borracha del gran erudito, que Constaín ama y rearma con tanto gusto y placer.

Luis Fernando Charry. *La naturaleza de las penas,*
Seix Barral, Bogotá, 2012.

Los Casas se vienen abajo. Esta familia bogotana, cuyos límites van del Bosque Medina a Anapoima, ve cómo uno de sus hijos, Lorenzo Casas, prefiere tener delante de él la larga fila que incluye Bloody Mary, Dry Martini y muchos *whiskies* dobles, antes que los negocios de urbanizador sin éxito. Su última genialidad: un cementerio en Subachoque.

Su mujer, Margarita, en cambio, ha dejado en su momento la Javeriana por los Andes y la literatura por la pintura. Es posible que en este campo tampoco llegue a ser la Virginia Woolf con que fantaseó. Así es todo el asunto: matrimonios desvencijados, promesas incumplidas, ya dos hijos, y treinta y nueve y treinta y dos años, respectivamente.

Pero hay un padre, Lorenzo María, con Alzheimer, y un hermano, Antonio, reprimido y un tanto mudo, que ha conseguido, no se sabe cómo, una barranquillera de cuerpo succulento, con la que se casará. Se trata de Rita Michelsen, cuya índole ambiciosa sintetiza muy bien Luis Fernando Charry (1976) con un tono desapegado y eficaz. La pinta así:

Camaleónica e intrépida, sabía moverse en el ambiente bogotano, donde por lo demás no hay que ser bachiller para triunfar. Hay que tener apenas *un* talento. Y Rita lo tenía. De sobra. Lo explotaba a su vez en sus múltiples facetas: la facilidad verbal (costeña), la discreción (cachaca), la alegría desbordante (costeña), la seriedad extrema (cachaca), el mal gusto [...] (p. 62).

A la novela debe reconocérsele, en primer lugar, la agilidad de los cortos capítulos, lo punzante de sus diálogos, y la visión desencantada de un mundo falso y sin fundamento. Lorenzo seducirá a la mujer de su hermano, ya que al estudiante del Anglo Colombiano lo que en verdad lo motiva es cualquier mujer, prostituta, dentista o sicóloga, porque su cinismo le ha enseñado que en la velocidad de las cosas nada dura, y mucho menos “las noches bogotanas siempre cortas, insustanciales, vacías”. Por ello mismo la habilidad técnica y los virajes estilísticos del libro alcanzan a mantener vivo el material deprimente, de droga y sordidez en muchos casos, que solo resurge cuando el engaño compartido ofrece una postrer ancla para semejante naufragio.

Tenemos así un acerado retrato de quienes frecuentan galerías de arte o campos de golf y tenis, pasean mascotas y no desdeñan nunca un cacho de marihuana o un último trago. Porque ahora lo sabemos bien: Lorenzo no es más que “un creador innato de falsos juramentos”, ahogándose cada vez más en esos rituales vacuos. Los almuerzos familiares, la traición de su mujer la pintora con un sucio y grotesco seudopintor, entre la Soledad y las Torres del Parque.

Todo parece darse al borde de la extinción, pero las heridas de las trifulcas no se cierran del todo, cuando ya sobreviene la nueva crisis, pero esta no se resolverá, ni mucho menos, con un suicidio. Solo abriremos los ojos con un guayabo más atroz y un dolor de cabeza más fuerte. Pero ese es el mérito de esta novela: demuele una clase ya agonizante con su certera mirada.



Liza. De la serie Autorretratos. Estamos habitados por muchos otros,
acuarela sobre papel dúrex, 15 x 21 cm, 2012

Juan Gabriel Vásquez, *El ruido de las cosas al caer*, Bogotá, Premio Alfaguara de Novela 2011

Unos veteranos de los Cuerpos de Paz, que acababan de pasar tres años en el Cauca y en Putumayo, se habían convertido de la noche a la mañana en expertos en éter y en acetona y en ácido clorhídrico, y donde se armaban ladrillos de producto que podrían alumbrar un cuarto oscuro con su fosforescencia. Bien lo sabía él, que había echado números en un papel con Ricardo y calculado que un Cessna cualquiera, si se quitaban los asientos de pasajeros, podía cargar unas doce tulas repletas de ladrillos, unos trescientos kilos en total, y que, a cien dólares el gramo, un solo viaje podía producir noventa millones de dólares de los cuales el piloto, que tantos riesgos corre y tan indispensable resulta para la operación, podía quedarse con dos (p. 208).

Este es el origen histórico de esta novela: los Cuerpos de Paz enviados a Colombia en tiempos del presidente Kennedy, en 1969, para colaborar en tareas de educación y desarrollo comunitario. Quienes ya en el país, al disfrutar de las bondades de la marihuana colombiana, decidieron hacer negocios con la misma exportándola clandestinamente a Estados Unidos, con la complicidad, en muchos casos, de pilotos colombianos. Las rutas abiertas servirían luego para la cocaína.

Ricardo Laverde, el nieto de un héroe colombiano, aviador condecorado por su desempeño en la guerra contra Perú, será el protagonista de esta trama, bien sustentada en una historia que abarca así a toda una generación, la de los años ochenta. Fiel a la tradición familiar, se hará rico al pilotear pequeños aviones que introducen la yerba, ante la cada vez más exigente demanda norteamericana en los años de Vietnam y los hippies. Sin embargo, en su primer vuelo para transportar cocaína, es atrapado y condenado a diecinueve años de prisión en EE. UU.

Ha dejado en Bogotá a su hija y su mujer, Elaine Fritts, una activista de los Cuerpos de Paz, huérfana educada por sus abuelos, quien se aloja en la casa venida a menos de los Laverde,

quienes ya alquilan habitaciones para sobreaguar. Su relación con Laverde concluirá en boda y en la adquisición, más tarde, de una hacienda en La Dorada, con los dólares de los primeros viajes exitosos. Elaine terminará por mentirle a su hija Maya, muy pequeña entonces, diciéndole que su padre había muerto y cuando ella ha crecido y es universitaria, su madre retornará a Estados Unidos. Solo que Laverde reaparece; Elaine Fritts decide regresar para reencontrarse con el padre de su hija, y muere trágicamente en un accidente de aviación en el boeing de American Airlines, que se estrellaría en El Diluvio, rumbo a Cali, en el vuelo 965, de 1996.

Pero Laverde, jugador de billar en los cafés de la calle 14, una vez salido de prisión, tendrá un parco interlocutor en Antonio Yammara, profesor de Derecho. Cuando Ricardo Laverde muere asesinado por dos sicarios en moto, y Antonio resulta herido, este se dedica a indagar en la secreta vida de su amigo. La pesquisa pondrá en riesgo su matrimonio y se hará con el trasfondo de la mítica hacienda Nápoles de Pablo Escobar, ahora desvencijada por completo, con sus legendarios hipopótamos negros. Se visualiza así, con eficacia narrativa, cómo la droga hirió de muerte a un país y marcó demasiadas vidas. Y cómo sus consecuencias no cesan y el preguntar por sus orígenes nos revela verdades eludidas o culpablemente silenciadas. Esa verdad que Juan Gabriel Vásquez, ávido lector de Joseph Conrad, ha logrado exponer, en esta su tercera novela, con innegable pericia y habilidad constructiva. Solo que bajo la tersa eficacia de su desenvolvimiento van, aturdidos y perplejos, todos sus protagonistas, golpeados y atontados por los golpes inconsultos del azar y sus inclementes destinos. Vidas arruinadas, como la de la hija de Ricardo Laverde en el estupor de un país, que busca hincarle el diente, ya sin moral alguna, a los espejismos de la riqueza y solo encuentra, en cambio, la factura cada vez más alta que debe pagar en muerte, dolor y debates estériles ante las inexorables leyes de un negocio, al cual muy pocos parecen resistirse. Quizá, como pasó con la novela de la violencia, solo cuando la novela de la droga amplíe su espectro de

comprensión y análisis (como en este caso) se respiren mejores aires, y se escuche con más atención la voz vidente de la poesía, representada en estas páginas por José Asunción Silva, León de Greiff y Aurelio Arturo. Apenas unas pocas palabras desnudas, ante la muerte, en esa resignación que era “una suerte de idiosincrasia nacional” (p. 19).

Pablo Montoya, *Los derrotados*, Sílabas Editores, Medellín, 2012

Con una prosa activa y sugerente, Pablo Montoya (1963) nos da en esta novela dos historias paralelas. Una remota, de finales del siglo XVIII, en una ciudad de más de siete mil habitantes, Popayán; y las ambiciones de un joven disperso que se debate entre la jurisprudencia y su amor, que desea ser científico, por la naturaleza. Francisco José de Caldas.

La segunda historia, fechada en 1983, también se ofrece mediante cartas. Las que Santiago Hernández le envía a su amigo Pedro Cadavid, lector del “calamitoso” (p. 32) poeta Benedetti, y aspirante a la gloria literaria. Las cartas, desde el Urabá, cuentan su iniciación en la guerrilla del EPL.

Pero lo que desde el arranque realizan estas dos series de misivas, esta recopilación documental para una hipotética biografía ligera de Caldas para jóvenes, es un proceso de demolición de los estereotipos.

Caldas, prócer revolucionario antiespañol. Santiago, redentor del país mediante un grupúsculo inconforme y en realidad analfabeta. Pero nada es lo que parece.

El trío de amigos del Liceo Antioqueño, Santiago, Pedro y Andrés Ramírez, fotógrafo, viven la emotividad juvenil en amores, canciones, protestas e indecisiones vocacionales, que en el caso de Santiago funden amor por la naturaleza, lección alfabética de árboles y orquídeas, con sus primeras acciones como grafitero subversivo contra los muros de la Universidad Pontificia Bolivariana.



Mónica. De la serie Autorretratos. Estamos habitados por muchos otros, tinta sobre papel dúrex, 15 x 21 cm, 2012

Pero Lis Murillo, estudiante de Medicina en la Universidad de Antioquia, hacía que “Santiago se entregaba a Lis. Y sentía que hacerlo era entregarse a la revolución. Ambas eran más o menos lo mismo: causas amadas, pero perdidas de antemano” (p. 70).

Vendrán luego su tortuoso ritual de iniciación, golpes y ahogamiento por inmersión, cuando el ejército lo captura a él y su amigo Jota, “en el corregimiento de Currulao, en el municipio de Turbo, en el Urabá antioqueño” (p. 83), con un cargamento de armas y papeles subversivos, para el EPL.

Por su parte, Caldas atraído por la pareja que conforman Humboldt y Bonpland, irá a Ecuador. Allí Caldas ofrece su descubrimiento: medir montañas a partir de la ebullición del agua. Pero los logros del astrónomo y botánico, “nacido en las tinieblas de Popayán”, primo de Camilo Torres, estudiante en el Colegio del Rosario, en Bogotá, empiezan a medir sus limitaciones: “Mi destino es la sabiduría. ¿Y he de quedarme sepultado en la barbarie?” (p. 93).

Su primer sueño: acompañar a Humboldt en su gira americana, se ve frustrado, pues el barón prefiere a Carlos Montúfar, el hijo del Marqués de Selva Alegre, más accesible a sus requerimientos homosexuales. Por todo lo cual el puritano Caldas llama a Quito, Babilonia, Montúfar y sus amigos: “Jóvenes indecentes” (p. 101).

En referencia a Caldas, la novela devendrá ensayo, como lo plantea el capítulo 12, donde una mirada comparativa establece un buen resumen de las figuras de Mutis, Humboldt y Caldas, sus personalidades y aportes respectivos.

“Con el tiempo, Humboldt se ganará todos los honores. Será la gran vedette científica del siglo XIX y el fundador de una nueva disciplina, la geografía de las plantas, en la que Caldas es un innegable precursor así los historiadores de la ciencia no lo reconozcan”. (p. 169).

Por otra parte, Caldas termina por ver en Mutis “su carácter desconfiado” (p. 164) y “la incapacidad y la abulia de acabar un proyecto colectivo” (p. 165).

En las propias palabras de Caldas: “¿Quién puede creer que un hombre lleno de virtudes, de conocimientos, de sosiego y comodidades, como fue Mutis, haya dejado unos vacíos tan inmensos y tan difíciles de llenar?” (p. 166).

La historia de Andrés Ramírez, periodista y fotógrafo de *El Colombiano*, especialista en zonas de guerra, masacres y desplazados (Mutatá, Ituango, Apartadó y Puerto Valdivia) se cruzó con Alba Bastidas, pastusa, socióloga graduada en Cali y cuyo hijo con Miramás, un pseudointelectual, adicto a la marihuana y a Andrés Caicedo, da pie para recrear la desaparición de ese adolescente, José, buscado en vano por morgues, pueblos y hospitales por su madre. Allí también puede situarse otra historia, la de Jota, el amigo de Santiago, con quien comparte tortura y cárcel, que ante el fracaso y degradación de su grupúsculo guerrillero emigra a París y allí vive el exilio casi caricaturesco de los latinoamericanos que se emborrachan y lloran, considerándose “marionetas de la historia” y frustrados protagonistas de una utopía política que no fue. Para morir, finalmente, en las remotas playas de Abdiyán, convertido en funcionario internacional.

La novela, en algunas acciones, se estanca, como el capítulo 8. Una suerte de breve trabajo sobre la fotografía y la guerra a partir de Robert Capa y su celeberrimo retrato del miliciano republicano muerto en la guerra civil española el 5 de septiembre de 1936, y otros hitos para conectarlos con las fotografías de Fabricio Ospina en *El Mundo* de Medellín.

Otros dos capítulos, el 10 y el 17, son como anverso y reverso de un fichero. El primero de flores y árboles, en sus descripciones poético-botánicas (clematide y jazmín, laurel y girasol) y el 17, de 1997 a 2005, sobre las matanzas de Ituango y Mutatá, de Segovia y Frontino, de Bello, Granada y San José de Apartadó en Antioquia y de Juradó y Bojayá en el Chocó. Allí donde el horror se repite, el desdén del Estado es recurrente y ninguna fe ni iglesia logra contener a las bestias, llámense guerrilla o paramilitares.

En todo caso, la novela hace honor a su título. La melancolía que impregna el final de Caldas, perdido entre las facciones de la patria boba y sus disputas entre centralistas y federalistas y su conmovedora carta de 1816 a Pascual Enriles, al enumerar sus trabajos inconclusos y decir: “Estoy, en lo más profundo de mi conciencia, arrepentido de haber tomado parte en esta revuelta de extraviados. Tenga piedad de mí. Téngala de mi pobre familia. Sálveme por el Rey y su honor” (p. 249).

El Rey español, claro está, no escuchó su ruego. España no requería sabios de sus colonias. “Que inventen otros”. Caldas sería fusilado. Por su parte, los tres jóvenes cómplices del Liceo de Antioquia, Andrés, Santiago y Pedro, envejecerán con el peso de la nostalgia por lo que se pudo y no cuajó. Otra generación, como la de Caldas, fracasada en un país injusto. Donde solo la naturaleza parece aún sostener la desigual batalla para que no desaparezcan las orquídeas y se oxiden las playas. Más allá de mujeres y hombres con sus sueños equivocados. Esta inteligente comprensión y acierto al definirla con palabras emotivas refrenda el valor de esta novela.

Antonio Ungar, novelista

50

Antonio Ungar (Bogotá, 1974), nieto de un célebre librero bogotano, ha ganado el premio Herralde de novela, promovido por la editorial barcelonesa Anagrama, con su libro *Tres ataúdes blancos* en 2010.

Una delirante y espasmódica farsa, a veces exultante, a veces triste, sobre una república no tan imaginaria llamada Miranda, con demasiados cruces con la realidad colombiana.

En todo caso, y desde su primer capítulo, el tono es punzante y desfachatado. Han asesinado a Pedro Akira, candidato de la oposición en Miranda, en contra del demasiadas veces reelegido presidente, don Tomás del Pito. Pero el narrador-personaje, José Cantoná, vago y alcohólico, se parece demasiado físicamente a Akira, el adalid de los pobres, para desaprovechar la oportunidad.



Pauleta. De la serie Autorretrato. Estamos habitados por muchos otros, tinta sobre papel dúrex, 15 x 21 cm, 2012

Un compañero de colegio y ahora asesor de los partidos independientes —“Jorge Parra se llamaba. Jorgito, para los amigos”— (p. 41), decide llevarla adelante. Suplantar al difunto y así quizá ganar las elecciones. Pero el minúsculo (un metro cincuenta y un centímetros), como se empeña en llamar al presidente, no es un hueso fácil de roer.

En todo caso, el protagonista-narrador intenta en la clínica compenetrarse mejor con el difunto Pedro Akira, a quien representará al ocultar su muerte y ser líder del Movimiento Amarillo. Comienza entonces por engañar a madre y hermana de asesinado y con vendas, máscaras y tubos, continúa su metamorfosis teatral, feliz la cúpula de su grupo de la engañifa que montan. En ese país de escuadrones de la muerte y guerrillas estalinistas esta milagrosa recuperación terminará, como tantos otros sucesos inverosímiles, en ser nada más que un avance informativo en una realidad solo existente en radio y televisión, controladas ambas por los amigos del presidente y sus jugosas regalías.

Pero la novela no sería novela si no aparece una heroína, la enfermera Ada Neira, que con su amor transforma al apático y errante protagonista. Terminará este por pronunciar discursos en frases tajantes y metáforas ilusionadas. Se abre un futuro que este ser pasado de kilos intenta concretar para superar el desprecio de su madre muerta y su padre vivo, resignado habitando el barrio La Esmeralda con sus parsimoniosas colecciones de insectos y estampillas.

Pero el idilio se rompe con brusquedad: algunos del Movimiento Amarillo lo traicionan y lo venden al siempre reelegido, a cambio de unas porciones del pastel del poder.

La novela enloquece feliz entre escoltas, atentados, fugas y chantajes que nos llevan a pensar si es posible narrar un mundo de horror con algún sentido y una lógica, que sea incluso la de novela considerada como un *thriller* cinematográfico y al borde de la insania, en un mundo que no anda nunca lejos de tales disparatados extremos.

Heriberto Fiorillo, escritor barranquillero, reunió en *Escribir es lo que cuenta* (Fundación La Cueva, Barranquilla, 2008) diez exhaustivos reportajes con narradores colombianos. Allí, Ungar confiesa cómo su formación se debe al cine, la música y la tradición anglosajona, donde el humor concede tanto la parodia como esa veta de soledad y melancolía que aquí impregna la relación padre-hijo. En todo caso, la sordidez de la política como la inconsistencia de una realidad que puede ser tan cruda como jubilosa, nos brinda aquí un espejo (roto) para vernos mejor.

María Castilla: primera novela

He aquí una bella novela, escrita con apasionada intensidad. Su autora, María Castilla, nacida en Bogotá en 1975, asume todos los fetiches de la cultura juvenil contemporánea — un libro de Alejandra Pizarnik, un cuadro de Rothko, las errancias parisinas de Julio Cortázar— y las inserta en el Bogotá de nuestros días. El Teatro Embajador. La Torre Colpatria. El hilo son los amores de la narradora, Sofía, y un arquitecto, Eduardo, que resulta opacado por la fuerza verbal de quien escribe y en definitiva le narra a él, el ausente, la frenética historia que vivieron. Encuentros mágicos y acumulación de talismanes, que ya no alcanzan a sostener esa relación, arruinada en la errancia del mundo actual. Eduardo se va al África, a un proyecto de ONG médico-humanitaria, para saberse finalmente sin rumbo. Sofía, en Bogotá, encuentra otro calor y otro cuerpo, llamado Francisco, pero el desesperado reencuentro de Sofía y Eduardo en Madrid y Barcelona desfonda los equívocos no reconocidos.

¿Te debía fidelidad? ¿Nos la debíamos? Creo que no me equivoco si afirmo que cada uno de nosotros la habría esperado del otro sin ofrecer la propia. ¡Qué ganas teníamos de estar vivos!, ¿no te parece? Adictos a eso que hemos descubierto juntos, ¿cómo no querer averiguar cuántas formas, cuántos sabores, cuántas variedades podía tener el amor? (p. 99).

Eduardo lo palpa en el cuerpo de la española Clara, que en África le canta canciones de Chavela Vargas. Sofía, a su vez,

en el Parque Tayrona, desnudándose frente al mar. Pero lo revelador de este libro es cómo Sofía crece, se agudiza, se mira por dentro, y mide, frase a frase, el desgaste inexorable de la memoria. “¿Cuál es, por si acaso, la fecha de vencimiento de los recuerdos? En cada relato, en este relato, habita el deseo de aminorar ese avance perseverante del olvido” (p. 55).

Luego de un sorprendente encuentro sexual con una mujer en una playa de Barcelona, la primera parte del libro se cierra con un ritual consentido de adiós: ambos, Sofía y Eduardo, saben que su dicha ha terminado y que las incompatibilidades crecen cada hora. Sofía más consciente de sí, de su belleza, de no querer sentirse débil, discierne la inmadurez del hombre. Su promiscuidad sin mucho sentido. Ahora solo le restará “sobrellevar una pena de amor, ese cliché por excelencia” (p. 115). Aquí se sitúa otro de los méritos de la novela: el humor que corta y libera. La cursilería que se mantiene como un pacto consentido, entre dos cómplices que aún no terminan por cortar los hilos. De regreso a Bogotá, a buscar trabajo, la heroína arrastrará el fardo de las ropas dejadas por Eduardo, y las depositará en La Rebeca. Un buen lugar para donar y deshacerse de esa vida que, entre el barrio La Soledad y el parque de los Periodistas, fue el laberinto mágico de su amor único.

54

La segunda parte, a partir de la página 135, y ambientada en Bogotá acumula demasiados encuentros y padece el paso del tiempo. Ya el encanto se va disipando. Trabajaré como utilera en un teatro, tendrá encuentros en un bar, donde alcohol y nostalgia pretenden teñir de nuevo la sangre, y vivirá el comienzo de otra novela con el señor Abandroht, un hombre mayor que la contrata para leerle viejas cartas en alemán, incluido un gastronómico y deleitable regocijo oral. Por ellas se enterará Abandroht de que su padre fue un nazi de la SS llegado a Barranquilla. Pero esa segunda novela no termina por cuajar y Sofía, de regreso a Europa, donde había estado a los dieciséis años, comprende que estaba “harta del mundo” (p. 226), la había alcanzado “la ola monstruosa de la tristeza” (p. 236), y solo le queda “la versión pálida de algo que fue intenso” (p. 244). Sin



Pilar. De la serie *Álbum familiar*; acrílico sobre lienzo, 50 x 50 cm, 2013

tener idea de quién diablos era “ni qué era en definitiva lo que yo quería”, al herir a unos y usar otros. Resta la certidumbre de una Bogotá, que por horrible, se vuelve maravillosa. La droga del amor, gracias a la escritura que salva, modifica y prolonga, hará que esta primera novela de María Castilla: *Como los perros, felices sin motivo* (Seix Barral, Bogotá, 2011) encierre algo muy vívido y felizmente preservado en la vertiginosa prosa con que seduce y atrapa.

Darío Jaramillo Agudelo, *Historia de Simona*. Pretextos, España, 2011

“Decrépito treintón es abandonado por cincuenta ardiente” (p. 138). Así se cierra este recuento de más de quince años en la vida de José Hilario López, joven que como barman nocturno conoce en su establecimiento a Simona Escobar, mujer mayor de Medellín con hermana gemela, casada con diplomático y discreta en sus aventuras.

“Lo que buscaba en sus adulterios era sexo puro, alimentar el cuerpo de su necesidad física de ser poseído, tocado, traspasado. Nada de sentimentalismos, ni de cargas” (p. 70).

Pero algo sucedió que los llevó a estar unidos más de lo prudente, desde un arranque incontenible que en el primer capítulo del libro, “Ciento veinte horas y seis semanas” nos arrastra con su escritura fascinada en el descubrimiento mutuo. José Hilario López nos cuenta así su impaciencia, sus pueriles ardides, sin saber que para esa mujer de cuarenta y dos años él solamente “era un objeto, un instrumento, un botín, un dulce y desechable jovencito” (p. 35).

Salpicada de juegos de palabras y de diálogos inteligentes, la novela ofrece también un humor compartible, como cuando luego de tres noches y dos días en una habitación de hotel, ninguno prende el televisor: “Dos seres que en el mundo coincidían en que no les interesaba la televisión: suficiente como para firmar un pacto de sangre, o casarse, o darle la razón en todo lo que diga, o irse con el otro hasta el fin del mundo” (p. 72).

A partir de afinidades como esta, y el acuerdo de los cuerpos en sus encuentros, Simona termina por reconocer que lo ama (sin poder decírselo). Ahora tendrá que cuidarlo desde la distancia de su vida conyugal de diplomática por el mundo, y sin “asediarlo hasta el ahogo”, ni dejarlo suelto mucho rato. La conclusión corresponde muy bien al carácter festivo pero implacable de la descomplicada Simona Escobar: “Siempre ha sabido que soy una perra. Pero ahora tengo que comportarme como una zorra” (p. 75).

Pero el mundo acecha allí fuera: está la hermana, Susana, que es su doble opaco; su hermano Bernabé, que tiene algo de oso retraído y hace libros por encargo, con quien desarrolla su amplia “Teoría adúltera del equilibrio universal”, que se resume en un “mediante el adulterio, se preserva el matrimonio. El adulterio es una necesidad fisiológica de la sociedad, una vía de evacuación de libido sobrante” (p. 139), y la melancólica confesión del marido de Susana que ahora confesaba estar enamorado de un hombre.

Luego del golpe y el llanto, se replantearon los roles, se trazaron las nuevas reglas y se comentaron con ironía: “¡Qué civilizada pareja que somos, yo contándote estas cosas!

—Somos civilizados porque no somos pareja— replicó ella sonriendo” (p. 135).

El exponer su intimidad a otros seres, los celos y la diferencia de edades terminarán por suscitar el desenlace previsible: ella lo abandona, él sufre. Intenta el personaje, al escribir esta memoria de lo que pasó, sea en tercera persona o como narrador omnisciente, cauterizar la herida, ir comprendiendo que el posterior encuentro en silencioso fervor erótico era “una despedida sin decir adiós. Un te amo o un te amé sin decir ya no te amo”.

Pero en realidad la que perdura es Simona con su gracia, su picardía y su avidez por cortarle a la vida su mejor porción. En mi libro de ensayos *Breviario arbitrario de literatura colombiana* (2011) comenté otras dos novelas de Darío Jaramillo que, sin mayores pretensiones, asumen su carácter de divertimentos gozosos. Pueden recurrir al absurdo o a la ficción autobiográfica. Esta *Historia de Simona* se inscribe en la misma línea de quien asume el juego de la escritura, sin ínfulas ni mensajes y especula con su propia materia y sus encarnaciones, para disfrute y contento del lector.

Esta novela fue galardonada con el premio José María Pereda otorgado por el Gobierno de Cantabria, Santander, España, con un jurado presidido por Almudena Grandes, en 2010.

Traiciones de la memoria, por Héctor Abad Faciolince

El poema lo encontró el hijo en el cadáver del padre asesinado por un sicario en Medellín. El poema no pudo salvar al padre de la muerte, pero su primer verso: “Ya somos el olvido que seremos”, dio origen a un libro memorable. El poema, presumiblemente del mayor escritor de la lengua española del siglo XX, no aparece en ningún libro suyo. Ni tampoco en sus antologías y obras completas.

El hijo, que aún se niega a perder al padre del todo y lo mantiene vivo con la ternura enfebrecida de su cariño, emprende un largo peregrinaje por medio mundo (Europa, Estados Unidos, Suramérica), para develar el enigma de un texto hallado en el bolsillo de un muerto, en la calle Argentina de Medellín.

Es, si se quiere, una pesquisa bibliográfica de alguien que tiene con algunos amigos una librería de libros de segunda, en Medellín: Palinuro. Alguien que siempre visita, en toda ciudad, librerías afines y descubre en esta indagación, tan literaria como detectivesca, que “la verdad suele ser confusa; es la mentira la que tiene siempre los contornos demasiado nítidos” (p. 150).

58

Ciento ochenta páginas después, Héctor Abad Faciolince constata que si sus sentidos no lo traicionan y la multitud de pruebas acumuladas terminan por ser una larga cadena de evidencias, el soneto es de Jorge Luis Borges. Y este olvidado soneto de Borges sobre el olvido restituye su padre a la vida. Lo copió a mano, lo dijo por una emisora con voz que su hijo estremecido escucha años después, y creó una sólida red de incondicionales afectos, solidaridades y amigos cómplices que hoy dan color y alivio a su orfandad.

Que, en definitiva, lo obligan a reflexionar a fondo sobre las *Traiciones de la memoria* (Alfaguara, Bogotá, 2009) y sobre las perplejidades del arte de narrar, pues su oficio de novelista se prueba así, en vivo, frente al único ser que nunca quiso ver muerto (y menos asesinado). Al intentar enhebrar este cuento



Rocío. Acrílico sobre lienzo, 50 x 50 cm, 2013

de tantos malentendidos como simetrías, de tantos huecos como sorpresas felices, pues en definitiva, “recordamos las cosas no tal como ocurrieron, sino tal como las relatamos en nuestro último recuerdo, en nuestra última manera de contarlas”.

Quizá por ello el influjo del demiurgo que maneja los hilos en la sombra, el propio fantasma de Borges refractado en tantas personas que lo vieron, conocieron, creyeron conocerlo, lo escucharon o

lo tergiversaron, a partir de las mismas frases que Borges repetía con un ligero matiz, convierten finalmente estas páginas tan agudas como desbocadas en una parábola digna del maestro. El maestro generoso que no vacilaba en entregar sus manuscritos, necesitados siempre de una nueva corrección, a desconocidos que en Francia colaboraban en una revista cuyo título le encantó: *La Delirante*.

Una fábula de Borges donde combaten un hada buena que no quiere que se conozca su nombre, epidemióloga que vive en el centro de Finlandia, y un aspirante a poeta, que nunca llegó a serlo, que todo lo ensucia y rebaja a su malignidad patética y cuyo nombre, claro está, jamás debe pronunciarse, a riesgo de caer en los más desventurados infiernos.

Y al lado de ellos están pintores y ensayistas, mujeres torturadas por la dictadura militar argentina, miembros de la dura secta de los profesores universitarios o agentes literarios con nombres tan expresivos como “El Chacal”. Ellos también pueden padecer como los mitómanos y charlatanes, que no solo se creen sus fantasías, sino que las tornan convincentes, similares síndromes: “la aparición de recuerdos de experiencias que en realidad no han tenido lugar” (p. 45). Lo cual lleva en psiquiatría el gráfico nombre de “confabulación de la memoria”.

60

Esa confabulación de la memoria en que tantas voces dispersas, antagónicas, confusas o contradictorias terminan por crear la límpida mentira de la poesía, más perdurable que las falaces estadísticas y las verdades particulares a las cuales nos aferramos, en nuestra estrecha celda de prejuicios y susceptibilidades. El viaje valió la pena. El distraído, el olvidadizo, el indolente se aferró a una música y así logró, en un país sórdido y fraudulento, volver a escuchar a su padre modulando estas estrofas. Su padre, un hombre que tenía tal confianza en sus semejantes que no vacilaba en llevar en el bolsillo un poema que lo emocionaba, como cédula de identidad.

(La presente reseña fue publicada originalmente en el periódico *Ámbito Jurídico*, Bogotá, N.º 288 de 14 de diciembre de 2009 al 17 de enero de 2010).

La musa inclemente, de Juan Gustavo Cobo Borda

Por José Miguel Oviedo (Perú)

La musa inclemente, Tusquets, Barcelona, 2001, 106 p.

Desde su primer libro, *Consejos para sobrevivir* (Bogotá, 1974), Juan Gustavo Cobo Borda (Bogotá, 1948) trajo a la poesía colombiana un tono nuevo, perfectamente reconocible, tangencial a su propia tradición literaria y de una intensidad poco frecuente. Bien puede decirse que, a lo largo de una obra poética ya abundante y recopilada en *Todos los poetas son santos* (México, 1998), el autor ha sido fiel a ese tono que tiene algo de la dicción coloquial, pero con la exacta cadencia musical, el rigor conceptual y las imágenes luminosas que solo la poesía puede dar. Al lado de su creación, Cobo Borda ha desarrollado una no menos amplia obra crítica en el campo literario y artístico, que ha contribuido a la revisión profunda de esa misma tradición a la que aludimos. Si se leen con cuidado libros críticos suyos (como *Historia portátil de la poesía colombiana, 1890-1995*, Bogotá, 1995), sus antologías, sus estudios (sobre García Márquez, Álvaro Mutis, Germán

Arciniegas o Borges) y sus incontables artículos y reportajes, se comprobará que, en él como en otros grandes creadores, la función crítica es la otra cara de la función poética: ambas se ensamblan en una perfecta unidad.

Todo esto queda confirmado con la aparición de su último libro de poesía, *La musa inclemente*, que no solo debe considerarse uno de sus mejores libros, sino uno de los más notables en el ámbito de nuestra lengua. Llamarlo un “libro de poemas amorosos” es fácil y legítimo si se atiende al número de poemas que tratan ese tema; pero el membrete puede resultar desorientador. Muchos están provocados por la pasión amorosa, pero no todos son precisamente tributos “amorosos”. Los que predominan —los más dolorosos— son, contrariamente, “poemas del desamor”, testimonios de relaciones tormentosas, frutos amargos del desengaño, ardidias y ardientes rupturas, abandonos, traiciones. Es decir, más que celebrar la plenitud del amor estos poemas son elegías a su pérdida y ausencia, al momento crítico en el que el sentimiento amoroso desaparece y es reemplazado por el odio o el despecho más feroces. Lamentos del bien perdido, los textos de Cobo Borda se llenan a la vez de melancolía, lucidez y pesadumbre: nada es lo que parecía y no hay más remedio que aceptar el fracaso de un sueño imposible. El alma acongojada, quizá avinagrada, revive escenas y rostros que ahora solo quiere negar u olvidar. Leyendo ciertos poemas de Cobo Borda es posible recordar un gran poema de amor-odio: “Las furias y las penas” de Neruda, por el clima borrascoso y las negras visiones que el pensamiento de la amada produce.

El libro está dividido en cuatro secciones. La primera recrea imágenes de Grecia (donde el autor fue diplomático por un tiempo) y sus antiguos mitos, como puede ocurrir en “En la casa de los Átridas” o “Ulises vuelve a casa”. En la segunda encontramos los poemas amorosos más serenos y tiernos, incluso domésticos, como “Canción para que duerma una niña”. El amor es un “estado de gracia”, una forma suprema de conciliación y armonía con el mundo, ligada por eso al acto poético. Amor y poesía son aquí formas de salvar “ese



Patricia y la Negra. Acrílico y témpera sobre cartón, 60 x 90 cm, 2012

despojo que es la vida / y su estricto margen de ganancia” (“Un poema cada día”).

La tercera sección es la más característica, pues contiene los textos en los que el amor cede al odio y al cínico desencanto. Es revelador que Cobo Borda haya puesto esta sección bajo un torturado epígrafe de Dostoyevski, en el que compara el amor con una forma voluntaria de tiranía. El primer poema de este grupo es de una rara perfección; lo copiamos íntegro:

*De tanto afán, entrega, encanto;
tanto fuego, promesas y raptos
no subsistirán ni estos versos malos.
Insulsos como charla de abogados
o conversación amorosa
cuando el amor se ha esfumado.
("Un mal día").*

La última parte del libro es algo más miscelánea, pues recoge poemas del desamor, ácidas visiones de la realidad colombiana, instantáneas de paisajes extranjeros, homenajes a grandes maestros de la pintura, pero también el texto quizá más conmovedor y hermoso del conjunto: “Exhorto”, verdadera plegaria a la amada que comienza así: “Amor: / dame la mano / para salir / del tortuoso laberinto / donde te aguardo”.

Lo que el poeta nos dice es una verdad esencial: todo en la vida humana es pueril e irrisorio (palabras clave de su vocabulario), desde la ilusión del amor hasta el encono que lo apaga sin remedio. En el poema que da título al libro, leemos: “Aprendí contigo / lo vano del entusiasmo. / Lo pueril de una carta. / Lo cotidiano de la muerte / y sus desengaños”. Es esa filosófica y estoica admisión de la existencia como derrota y la forma precisa y transparente como la expresa lo que más hay que destacar en el libro. La dicción del poeta es inconfundible por la luminosa inteligencia con la que examina las minucias de la pasión; la sensibilidad irónica y escéptica de quien es consciente de vivir tiempos de decadencia; la concisión inapelable de la imagen directa y desnuda de adornos. Hay en él un tono sentencioso y sabio que lo acerca a Cavafis, Cernuda, Mutis y Borges. A veces, su sabor epigramático nos recuerda también al viejo Catulo, otro poeta de la decadencia y capaz, como el colombiano, de hablar del amor tanto desde el sentimiento como desde el resentimiento. En Cobo Borda hay un trasfondo atormentado que, sin embargo, quiere resolverse en serena resignación: la del que nada espera y solo junta melancólicamente palabras para entretener su vacío y engañarse con la promesa de la perennidad.

Tomado de *Letras Libres*, México, septiembre de 2001.

Viviana Serna Arbeláez

Estudiante de la Facultad de Artes de la Universidad de Antioquia, noveno semestre.

Participaciones

Asistente de producción y creación, del mural *Tejiendo la Paz*, dirigido por el maestro Fredy Serna. Biblioteca Comfenalco, San Javier, 2013.

Asistente de producción, en *Ponientes*, obra ganadora de la IX Convocatoria de Becas a la Creación, Alcaldía de Medellín 2012.

Dirección de producción e integrante del grupo creativo y ejecutor del proyecto Galería Urbana, *Siete Muros en Comunidad*, Medellín, 2008.

Dirección y ejecución del mural *La ruta del helado*, inscrito en el proyecto Galería Urbana, *Siete Muros en Comunidad*. Medellín, 2008.

Dirección de producción e integrante del grupo creativo y ejecutor del proyecto *Amanecer* en La Aurora, mural realizado en la estación La Aurora del metro cable, con técnica de mosaico y dirigido por el maestro Fredy Serna, Medellín, 2008.

Asistente de producción y dirección e integrante del grupo creativo y ejecutor del proyecto *A Cielo Abierto. La Casa Amarilla*, inscrito en el evento MDE07 y dirigido por el maestro Fredy Serna, Medellín, 2007.

Exposiciones colectivas

Exposición de linóleo, Biblioteca Central Universidad de Antioquia, 2013; “Del taller de grabado”, Biblioteca Central Universidad de Antioquia, 2013; Exposición de dibujo, Biblioteca Central Universidad de Antioquia, 2013; “60 años con el arte”, aniversario de la Biblioteca Pública Piloto, Medellín, 2012; “XII heartists in the marketplace”, Centro Colombo Americano, 2012; Miniprint Colombia, Taller Milpedras, La Coruña, España, 2011; “Dibujo y representación”, Biblioteca Central Universidad de Antioquia, Medellín, 2012.

Exposiciones individuales

“Estudio fotográfico”, Galería La Vitrina, Lumínika, Medellín, 2010.

Publicaciones

66

Catálogo del décimo aniversario del cineclub Pulp Movies, del Centro Colombo Americano, 2006.

Agenda Cultural, Alma Máter 194, Universidad de Antioquia, diciembre 2012.

Agenda Universidad de Antioquia, 2013.

Los anacronismos de Viviana Serna

Anacronismo es una palabra que a Viviana Serna le gusta para referirse al tiempo de sus pinturas, sin duda en contraposición a un cierto vanguardismo o actualidad del arte que uno ve mucho en los salones que congregan las expresiones contemporáneas nacionales e internacionales, y que en muchas ocasiones dejan más bien un gesto desconcertado de hombros levantados, sin atinar a entender del todo de lo que se trata.

Los suyos, los álbumes familiares en los cuales se ven los rostros, movimientos y decorados de personas cercanas a la artista, se constituyen en retratos que irradian la confianza y la cercanía de cualquier espectador al punto de hacer que este se sienta parte del cuadro, o, simplemente, que el cuadro sea suyo: lo que hay allí, al alcance de sus ojos, le pertenece. Al fin y al cabo esa es una condición de todo el arte: lo narrado en una novela, lo pintado en un cuadro o lo expresado en un poema triunfan en el espectador cuando este hace parte de la historia, cuando siente que “hablan de él” en la obra. Si lo que hay allí, al contrario, se hace inaprehensible, no hay diálogo ni continuidad.

Serna también se pone a distancia de las obras que hoy se encuentran por doquier y que gozan, valga decir, de entusiastas recibimientos por parte de organizadores, financiadores y administradores en general, y que tienen que ver con los muy actuales asuntos de “lo urbano”, lo ecológico, lo etnográfico, lo marginal. Ella torna sus ojos quizá románticos a los retratos de amigos, vecinos y “gente del común”, al igual que de los artistas que ha aprendido a querer y a los cuales, también, quiere hacer suyos pintándolos, dándoles un lugar en sus series y regodeos. Como en *Pruebas para el retrato de Dorian Gray*, Gonzalo Arango, Luis Tejada, Gómez Jattin, etc.

Las pinturas aludidas, que hacen parte sustancial de la vida de la artista, que son, si se quiere, ella misma, no están signadas, sin embargo, bajo el prurito de la obra acabada, formalmente concebida desde los parámetros de un realismo a ultranza. Hay, en cambio, un dejo de obra inacabada, de rasgos inconclusos que le vienen muy bien al espíritu que anima dichas obras. Viviana Serna es una pintora que disfruta y trata la pintura como olvidándose de ella, y, tal vez sin darse mucha cuenta, lleva a las telas parte del olvido que sin remedio acompaña todo lo que existe.

Luis Germán Sierra J.



Atribución–No comercial–Sin Derivar.

Está permitido descargar y compartir esta obra siempre que se reconozca su autoría. Está prohibido mezclarla, transformarla o crear nuevo material a partir de ella. Está prohibido su uso con fines comerciales.



**Imprenta
Universidad de Antioquia**

Teléfono: (574) 219 53 30. Telefax: (574) 219 50 13
Correo electrónico: imprenta@udea.edu.co



**Imprenta
Universidad de Antioquia**

Manos expertas en su trabajo

• revistas • libros • plegables • afiches • volantes • carpetas • tarjetas • portafolios •

**Ciudad Universitaria: Calle 67 N.º 53-108
Bloque 28, primer piso. Teléfono: (57-4) 219 53 30**

Telefax: (57-4) 219 50 13

Correo electrónico: imprenta@udea.edu.co

Medellín, Colombia





Editorial Universidad de Antioquia®



De las pasiones y los errores del alma
Galeno de Pérgamo



Poema y voz
José Manuel Arango



Acerca de Fernando Pessoa
Eduardo Lourenço



La persecución del ideal
Isaiah Berlin



Compra en línea con envío gratis

<http://editorial.udea.edu.co>



Teléfonos: (57-4) 219 80 13 • (57-4) 219 50 12

Correo: editorial@udea.edu.co